

# JOSÉ MOJICA

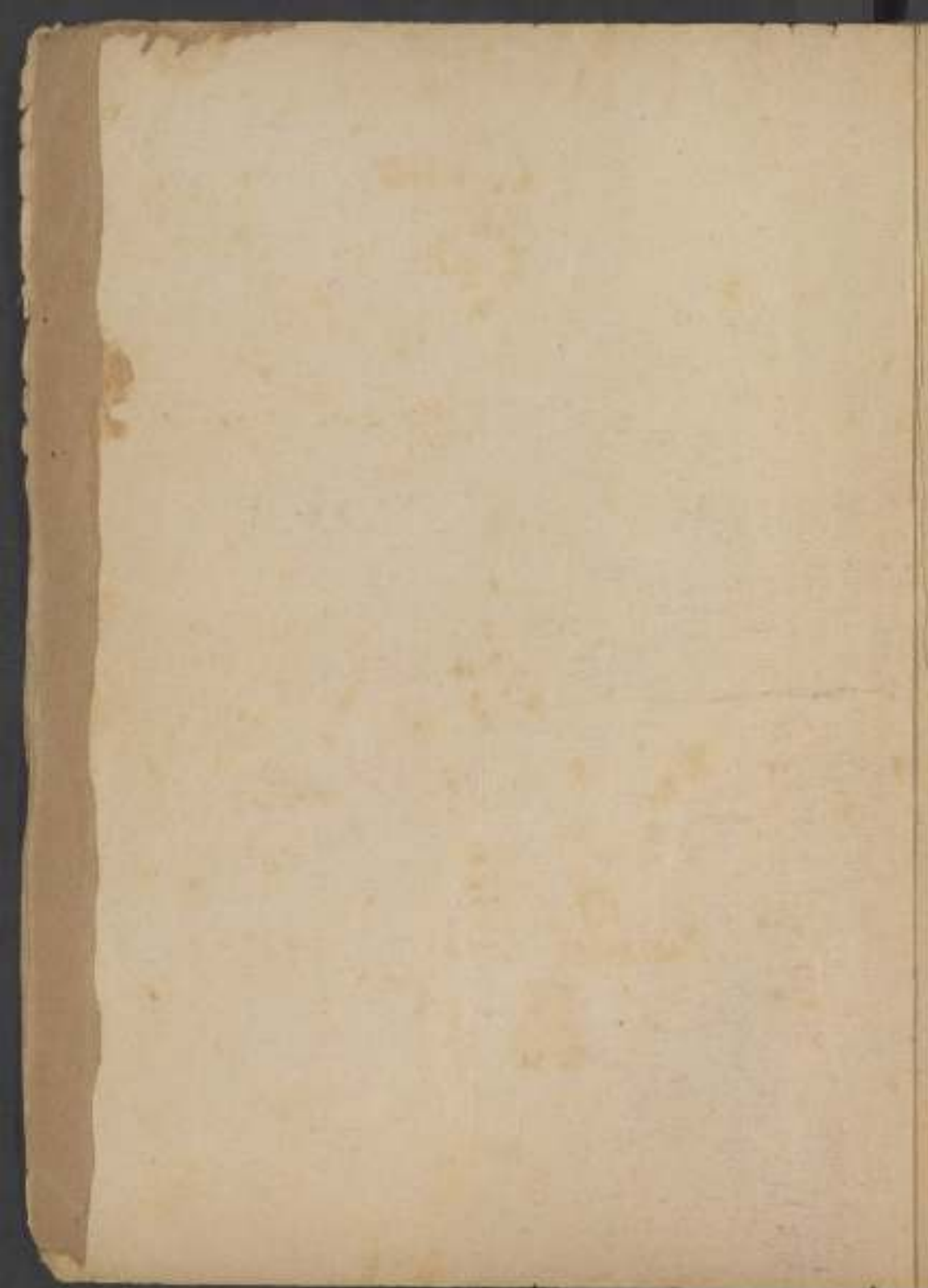


ANITA  
CAMPILLO  
JUAN  
TORENA

## LA CRUZ Y LA ESPADA

EDICIONES  
BISTAGNE

1 pta



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIÓ BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Paseo de la Paz, 10 bis - Tel. 18841 - BARCELONA

## LA CRUZ Y LA ESPADA

Magnifico asunto cinematográfico, original de MIGUEL DE ZARRAGA

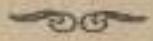
Adaptación de PAUL SCHOFIELD y WILLIAM DUBOIS

Música y letra de ERNESTO LECUONA, MARIO TALAVERA,  
AMADO NERVO, FREDERICH HUMMEL, TROY SANDERS  
y JOSÉ MOJICA

Dirección de FRANK STRAYER

Dirección musical de SAMUEL KAYLIN

Es un film FOX en español  
(Oro de ley de la pantalla)



Distribuido por  
HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280  
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

## Reparto

Hermano Francisco. . . . .	<i>JOSÉ MOJICA</i>
José Antonio . . . . .	<i>Juan Torera</i>
Carmela . . . . .	<i>Anita Campillo</i>
Padre Superior . . . . .	<i>Lucio Villegas</i>
Tía Mónica . . . . .	<i>Carmen Rodríguez</i>
Pedro . . . . .	<i>Paco Moreno</i>
Esteban . . . . .	<i>Marlín Garralaga</i>
El Mestizo. . . . .	<i>Julián Rivero</i>

## Prólogo

---

En "La Cruz y la Espada" vemos un nuevo Mojica. No es ni un bandido generoso ni un triunfante seductor. Así fué hasta que en "La melodía prohibida" el conquistador se convirtió en conquistado y resultó víctima de la frivolidad, del mariposeo — donjuanismo femenino — de una mujer sin corazón. El pobre indígena que dejó sus tierras natales para trasladarse a los Estados Unidos, prendido en el perfume y en la sonrisa de una damisela de piel blanca, acabó del modo más trágico debajo de los neumáticos de un automóvil.

En "La Cruz y la Espada" su fin

no es tan desdichado. Mojica, en su encarnación del hermano Francisco, no muere. Se limita a fracasar en un amor humano para triunfar en otro más espiritual y desinteresado: el amor a Dios. En el alma del religioso se ha entablado violenta lucha entre la tierra y el cielo, entre la vida material de aquí abajo y la sublime de allá arriba, entre la imagen de Cristo y la figura real de una mujer. ¿Qué va a pasar? A buen seguro que el público que ha hecho un ídolo de José Mojica y que conoce bien la modalidad artística del astro, creará desde el comienzo del film hasta el pe-

último rollo que el amor humano va a triunfar sobre el divino y que el hermano Francisco va a colgar los hábitos para gozar de la vida y del amor. Pero no ocurre así. El hermano Francisco se impone al hombre que hay en él; el espíritu triunfa de la carne y el film termina con una canción del religioso, mientras "ella" se casa con otro hombre.

¿Decepcionante? Nada de eso. Mojica nos demuestra en este film que no necesita hacer concesiones al público para obtener su mayor triunfo. Y la casa "Fox", que es la creadora de la película, merece en primer término el aplauso de todos por haber dado esa oportunidad al gran actor, al artista completo que hay en José Mojica.

"La Cruz y la Espada" es, hoy por hoy, el mejor film en que ha participado el cantante máximo del cine sonoro. La película es lo que debe ser y no lo que algunos quisieran que fuera. Cuando el hermano Francisco ha tomado la decisión de vestir el hábito franciscano, cuando ha llegado a la realización de propósito tan grave, es sin duda porque una gran fuerza o una gran

convicción le ha impulsado a ello. Y no parecería muy lógico que quien halló la vocación y el espíritu de sacrificio necesarios para renunciar al mundo en pleno goce de él, lo abandonara después por un amor, cuando ya su alma había comprendido y experimentado el goce de otros fervores. Al decir esto, pensamos, naturalmente, en la firmeza de carácter del hermano Francisco. Un alma tan bien templada como la suya, no es fácil que se deje doblegar por la tentación.

Y ya que hablamos del alma del personaje, digamos que Mojica ha sabido encarnarla con tanta sobriedad como justeza. El hermano Francisco vive en la pantalla gracias al soplo creador del bandido generoso de "El precio de un beso". Dulce y bondadoso, pero siempre firme y enérgico, se gana nuestra simpatía lo mismo cuando acaricia a un rapaxuelo que cuando lucha bravamente con un bandido y lo vence.

En la vibrante escena semifinal, donde la trama adquiere su intensidad máxima, el trabajo de Mojica culmina también y el actor nos

muestra toda la riqueza de matices de su vena artística.

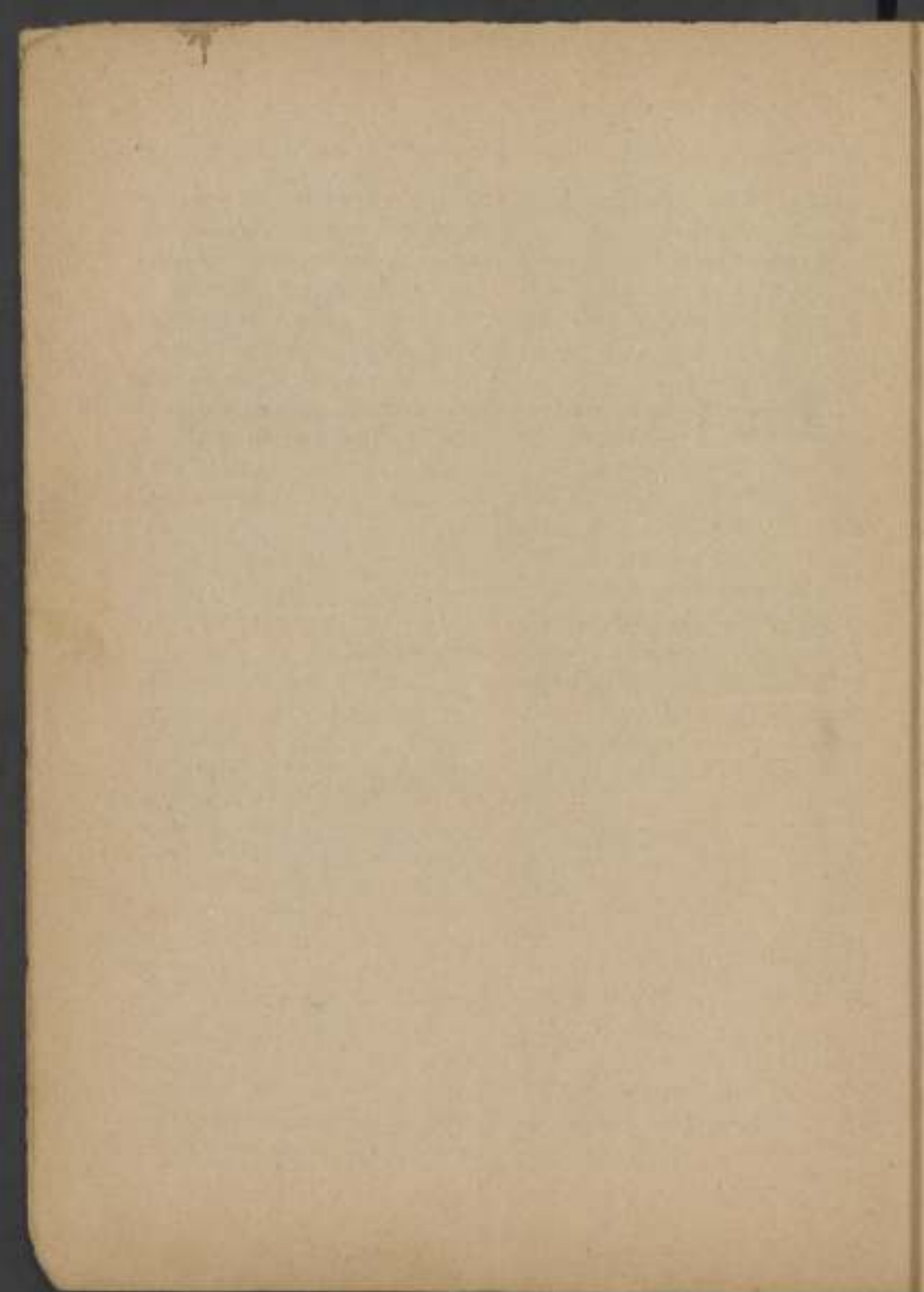
El escenario del film no puede ser más evocador y ameno, sobre todo para nosotros, los españoles, que fuimos los primeros colonizadores de California. Aquellas tierras entonces vírgenes, aquellos misioneros que con frecuencia tenían que dejar la cruz y empuñar la escopeta para defenderse de las bandas de malhechores y de las tribus indias rebeldes, aquellas llanuras, aquellas montañas y aquellos ríos en cuyas entrañas refulgía la fascinación del oro, aquel idioma que era el nuestro y aquel clima tan semejante al de España, todo eso, forma un concierto que nuestros sentidos y nuestra sensibilidad comprenden.

El asunto está pletórico de acción, lo que hace que el interés no

decaiga un solo momento, y el tema es apasionante y original, dos cualidades de las que no puede prescindir ningún film de categoría.

Excelente Anita Campillo, la nueva damita joven llena de soltura y de gracia, y Juan Torena, simpático y seguro como siempre en el papel de José Antonio, galán joven de la obra, ya que José Mojica desempeña en ella el de un consumado primer actor. Todos los demás protagonistas hacen honor a sus nombres, que han conquistado ya muchos lauros en la carrera cinematográfica.

Si a todo esto añadimos unas canciones bellísimas y la voz incomparable de José Mojica, comprendemos por qué "La Cruz y la Espada" no ha podido menos de resultar un film de grandes méritos y múltiples atractivos.



# La Cruz y la Espada

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

## I.

La civilización de California se debe a los heroicos padres Franciscanos. Capitaneados por el glorioso Fray Junípero Serra, con su cruz y su fe inquebrantable por armas, cristianizaron a los indios sin esclavizarles ni oprimirles. Cada una de las misiones erigidas por ellos en el virgen-terruño, fué un monumento de Paz y Amor, un himno a la fe, a la cultura y al progreso. Sus campanas parecieron fundidas solamente para tocar

a gloria. El espíritu hispano se adentró con raíces inmortales en aquella paradisiaca tierra, ensaltecida por esos religiosos que, adaptándose a las exigencias de la colonización, alternaban el hábito religioso con la ropa civil, desafiando como simples hombres las más peligrosas aventuras.

El héroe de aquellas misiones, como hemos dicho, fué Fray Junípero Serra.

Esta figura inmortal de la Or-

den Franciscana, era oriunda de Mallorca, donde nació el día 24 de noviembre del año 1713.

Desde los primeros años de su vida, se sintió inclinado a la vida conventual y cuando tenía 17, ingresó en la Orden Franciscana.

Un año fué novicio, y en el mes de septiembre del siguiente, hizo sus últimos votos, quedándose en la Orden definitivamente.

Entonces cambió su verdadero nombre, que era el de Miguel José, por el de Junípero.

Durante el año de noviciado y en los que siguieron, leyó infatigablemente de un modo especial vidas de santos que habían sido mártires en las misiones.

Y si algún sueño tuvo aquel ser humilde y sin ambiciones, forjado en la conformidad y en la resignación, fué el de sembrar la fe cristiana en lejanas regiones, como aquellos mártires de sus lecturas.

Al mismo tiempo estudiaba, y era tanta su perseverancia y tanto su talento natural, que llegó a ser un maestro en filosofía y teología.

La dulzura de su carácter y la generosidad de su corazón iban

unidas a una voluntad firme y a una decisión heroica.

Siempre persiguiendo aquel fin que era base y esencia de sus sueños, solicitó ser trasladado a una de las misiones españolas que funcionaban en Méjico, y se le concedió.

En tierras mejicanas, como simple miembro de una misión, estuvo nueve años. Al ser expulsados los Jesuitas, los Franciscanos se hicieron cargo de sus misiones y como se necesitaban cabezas directoras, se eligió a Fray Junípero Serra para que rigiera los destinos de una de ellas que contaba con diez y seis religiosos.

Cuentan los biógrafos que cuando se le dió cuenta del nombramiento, el glorioso franciscano fué dominado por emoción tan profunda, que ni siquiera pudo articular palabra.

Los sueños de Fray Junípero se habían realizado. Sólo esperaba el momento de poder desarrollar su espíritu organizador, en beneficio de la fe cristiana. Sólo anhelaba tener la independencia y autoridad suficientes para imprimir a su vida de misionero el rumbo glo-

rioso que había iluminado la existencia de aquellos santos cuyas vidas conocía de memoria a fuerza de leerlas.

A la sazón era ya un hombre maduro que unía al caudal de su cultura y de su talento el de su experiencia.

La carrera de Fray Junípero estaba hecha. Muy pronto sobresalieron sus envidiables cualidades al frente de aquella agrupación formada por diez y seis religiosos que eran otros tantos héroes.

Fué entonces cuando el gobierno español decidió intensificar la colonización en California y encomendó la difícil tarea a los Franciscanos.

Estos, después de estudiar con todo detenimiento el mandato y las cualidades de los que podían cumplirlo, designaron a Fray Junípero Serra para que organizara y llevara a cabo la colonización de California.

La carrera de Fray Junípero había llegado a su fase más interesante.

El heroico franciscano partió con un puñado de misioneros y después de infinitas penalidades logró llegar a la bahía de San Diego, donde desembarcó.

Allí, en San Diego, fundó su primera misión, a la que siguieron otras, hasta nueve.

Su obra dejó en la historia profundas huellas. Una perfecta organización de las misiones dió lugar a que el soplo de la civilización y de la fe purificara la vida salvaje de aquel hermoso territorio donde reinaban la barbarie y el atraso.

Hoy, como homenaje a aquel espíritu heroico e inmortal que pasó a mejor vida el día 28 de agosto de 1784, se alzan dos monumentos a su memoria, uno en el lugar de la bahía de San Diego donde desembarcó y otro en el punto donde dijo su primera misa.



Es fácil imaginar lo que sería la vida de aquellos misioneros que habían de enfrentarse con indígenas y bandidos siempre dispuestos a suprimirles.

Si su acción se hubiera circunscrito a la normal de las prácticas religiosas, no habrían podido llevar a cabo su obra. Con sermones, buenas palabras y mejores ejemplos, no habrían podido hacer frente a los ataques organizados de los indígenas, que por toda razón usaban la flecha envenenada, ni a las armas de fuego de los bandidos.

Las buenas palabras y el alto ejemplo los empleaban para ir conquistando almas a la causa de Cristo. Pero los indígenas no siempre estaban dispuestos a escucharles, y los más rebeldes, en vez de prestar oídos a sus prudentes y luminosas palabras, organizaban ataques encaminados a expulsar a aquellos seres que habían llegado a sus dominios para derrochar el tesoro de su fe y de su civilización.

Entonces los misioneros no tenían más remedio que defenderse y, para no perecer en manos de aquellos foragidos, habían de convertirse en guerreros.

Se encerraban en la misión y requerían la escopeta. Los frailes eran ahora soldados al servicio de su causa. Y era de ver la decisión y el arrojo con que aquellos religiosos manejaban las armas.

La misión, que al principio sólo disponía de una humilde casucha donde los misioneros habían de soportar todas las incomodidades, iba ensanchándose poco a poco y levantando nuevos pabellones y dependencias. Todo se hacía dentro de la misión. Allí había un molino para convertir en harina el grano que ellos mismos habían sembrado. Allí la herrería y la fundición donde trabajaba un franciscano. Allí la ebanistería y allí las bodegas donde se guardaba el vino elaborado por los propios misioneros con uvas de sus vides.

Y al mismo tiempo que el recinto de la misión iba ensanchándose, a su alrededor surgía un pueblo que más tarde se convertiría tal vez en gran ciudad.

Así fué cómo en aquellas tierras vírgenes, España, por medio de la heroica organización franciscana, sembró la fecunda semilla de su espléndida cultura.

A veces, los religiosos tenían que colgar sus hábitos y vestir el traje campero. Con él montaban a caballo y, en el cinto la pistola y el lazo, realizaban largos viajes cruzando las zonas de mayor peligro.

Por unas horas o por unos días, habían de trocar la paz conventual por la agitación de aquella vida crizada de luchas y amenazas.

Sólo así, con este espíritu de sacrificio y este valor que no conoía las vacilaciones, la obra de los franciscanos colonizadores pudo ser fructífera.

A la sombra de una de aquellas misiones se desarrolló hace cien años esta tragedia espiritual de un novicio franciscano que se llamaba el hermano Francisco.

Empieza la historia...

## II

El hermano Francisco era el alma de la misión. Estaba en todas partes y todo lo vigilaba y para todos tenía una palabra afable y un ademán amistoso.

Después de echar una mirada al altar salió de la capilla y se detu-

vo un momento ante los niños que tomaban sus diarias lecciones. Un monje lleno de paciencia era el maestro. La dulzura y la persuasión eran los dos elementos principales de su sistema de enseñanza. Y aquellos niños que amaban la na-

turalidad y la libertad sobre todas las cosas, por haber nacido en perfecta comunión con ellas, se doblegaban gustosamente bajo la palabra suave y persuasiva del maestro.

El hermano Francisco dirigió a aquellos niños una mirada paternal, y continuó aquella especie de visita de inspección que giraba diariamente por todas las dependencias.

Unas voces de niño atrajeron su atención y se desvió de su camino, dirigiéndose a la noria, que era donde se producía el coro de gritos.

El horrico que debía estar dando vueltas a la noria se había parado y no lejos de él había cuatro o cinco rapazuelos arrodillados en tierra y discutiendo acaloradamente sobre los azares de cierto juego pueril en el que ponían todo su entusiasmo.

El hermano Francisco se cruzó de brazos y adoptó una actitud de enfado que tenía muy poco de tal, porque la risa se le escapaba.

—¡Muy bonito! ¿De modo que la noria parada y tú, Pablito, jugando?

Pablito se había levantado inme-

diatamente, al oír la voz del hermano Francisco, y los demás le miraban con una mezcla de vergüenza e inquietud, aunque de antemano sabían que todo quedaría en una leve y paternal amonestación.

El hermano Francisco reflexionó en voz alta:

—Un muchacho solo, es un muchacho. Dos muchachos juntos, se quedan en medio muchacho. Se juntan tres y ya no hay muchacho... ¿Queréis decirme qué hacéis aquí cuando vuestra obligación es estar en la escuela?

—Es que... balbuceó uno de los compañeros de Pablito.

Pero el hermano Francisco no le dejó terminar. Le cogió de un brazo, le dio un suave azote y le dijo:

—¡Hala! ¡A la escuela!

Lo mismo hizo con los otros colegas del pequeño Pablo. A éste lo cogió, lo levantó en vilo y lo montó en el horrico que gozaba de la mayor tranquilidad junto a la noria.

Entonces le hizo estas sencillas reflexiones:

—Si te pones a jugar, el burro se para. Si el burro se para, el agua

no sube. Si el agua no sube, no podremos regar. Nos quedaremos sin cosecha. Y faltando la cosecha ¿qué será de nuestra misión? ¿No lo comprendes?

—Sí, hermano Francisco.

—Pues ya ves si tu trabajo tiene importancia. ¿Volverás a olvidarte de que eres un hombre importante?

—No, hermano Francisco.

—¡Bravo! Pues a trabajar.

El borrico, conducido por el diminuto jinete, empezó a dar vueltas a la noria.

El hermano Francisco sonrió satisfecho y continuó su visita.

Ahora llegó a los lavaderos. Varias mujeres trabajaban en él con la mejor disposición de ánimo.

—¡Buenos días! —dijo el hermano alegremente.

Y todas contestaron con una mezcla de afabilidad y respeto:

—Buenos días, hermano Francisco.

—¿Cómo sigue la tía Petra?

Una de las lavanderas repuso:

—Está muy aliviada, gracias a las medicinas que usted le dió. Ya no tiene fiebre.

—Lo celebro.

Del lavadero fué al molino, donde varios hombres trabajaban poniendo la harina en sacos.

Y al mismo tiempo, a coro, cantaban esta canción:

Porque estoy solita en casa  
Luego murmura la gente.  
Que yo iré a buscarlo al salir el sol,  
Que espero a mi amante,  
Que espero a mi amor.  
La molinera,  
Dale con aire, con aire a la rueda,  
Dale con aire, con aire que mueva.

Pasó el hermano Francisco a la herrería. El herrero era un fraile alto y fornido, de semblante optimista y fuertes brazos.

En aquel momento, manejando el martillo al compás de la canción del molino, estaba forjando unos candelabros que mostró al hermano Francisco al verle entrar.

—¡Magnífico! —exclamó éste.

—¿Le gustan?

—¿Cómo no han de gustarme? Con estos candelabros, nuestro altar será el más deslumbrante de la Alta California.

—Estarán listos para la misa de mañana.

—Le felicito, hermano.

—Gracias. Usted siempre tiene una palabra alentadora.

—Para quien la merece.

—Para todos.

—Adiós, hermano.

El herrero volvió a sus golpes de martillo que resonaban al compás del canto que seguía fuera de la herrería.

Pasó a otro departamento, donde se pisaba la uva en una especie de gran artesa de la que sobresalía un largo tubo por donde el zumo pasaba filtrado a otro recipiente de grandes dimensiones.

Hombres y mujeres, con las piernas desnudas hasta más arriba de las rodillas, corrían y saltaban sobre los ricos y jugosos granos.

El hermano Francisco les estuvo contemplando un momento y después rompió a cantar:

Son buenas las uvas,  
Las uvas del fraile,  
Buena pá comerlas  
Si no nos ve nadie.  
¡Ay, qué buenas uvas!

¡Qué dulces que están!...  
Pero más sabroso  
Es el vino que dan.

Y los alegres vendimiadores, sin interrumpir su trabajo, cantaron también:

Ya te he dicho que no siembres  
Las uvas en el camino,  
Porque pasa el pasajero  
Y corta el mejor racimo.  
Dale que dale  
Con los talones,  
Dale con gana  
De pisotones.

—¡Bravo, amigos míos! — exclamó el novicio—. Trabajáis bien y cantáis mejor. Siga la alegría y el trabajo, porque si vosotros no trabajáis no hay vino y sin vino fracasaría nuestra misión.

Y con estas razonables palabras, el hermano Francisco dió por terminada su visita diaria a las diversas dependencias del convento de franciscanos.

III

En la taberna del pueblo, donde estaban reunidos varios amigos, todos jóvenes y bulliciosos, reinaba también la alegría.

Y como el mejor modo de demostrar el júbilo es el canto, el coro de mozos cantaba:

Es el guato del arriero  
Si va su reñuda a buscar,  
El escoger lo que quiere  
De lo mejor del corral  
Y con el lizo se lleva  
Lo que la grana le da.  
¡Yupa! ¡Yupa!  
¡Laza al potraneo!  
¡Yupa! ¡Yupa!  
¡Laza aquel blanco!  
¡Yupa! ¡Yupa!  
¡Laza aquel pinto!  
¡Yupa! ¡Yupa!  
¡Laza el retinto!  
La mangana del arriero  
Laza sólo lo mejor...

Ellos mismos se aplaudieron y vítorcaron.

Cuando el temporal de aplausos y exclamaciones decreció, Esteban, uno de los vaqueros, dijo en voz alta:

—¡Muchachos, esto pide un trago!

Y dirigiéndose a un arrogante mozo que estaba junto al mostrador, añadió con cordial desenfado:

—Y tú, José Antonio, bebe también y olvida tus apuros.

José Antonio sonrió agradecido y dijo con una sombra de contrariedad:

—Gracias, y siento no poder corresponderte.

—Ya corresponderás.

—¿Cuándo?

—Cuando hagas fortuna.

—Me temo que vas a tener que esperar mucho.

—¡Quién sabe! Todos somos pobres antes de hacernos ricos.

—Pero no todos los pobres conseguimos hacer fortuna.

—Pero tú la harás porque lo

mereces. ¡Vamos! ¡Brindemos por tu futura suerte!

Brindaron y bebieron. De súbito entró en la taberna un indio que se fué derechamente al mostrador y dijo en son de súplica:

—Patroncito, dame aguardiente.

El tabernero le dirigió una dura mirada.

—¿Aguardiente a ti? ¡Largo de aquí, gandul!

—No crea que no voy a pagarle. Me parece que todo va a cambiar y pronto seré rico.

El tabernero se echó a reír.

—¿Rico tú? ¡Como no sea en mugre!... ¡Vete, vete, que apestas!

—¡Hala! ¡Fuera de aquí!—exclamó uno de los vaqueros cogiéndole de un brazo.

Y como el indio comprendió que se iba a quedar sin aguardiente, decidió mostrar algo que llevaba muy guardado entre sus ropas mugrientas.

—¡Dejadme! Tal vez me dé una botella por esto.

Y en sus mano refulgía un grueso grano de oro.

José Antonio se quedó mirando aquella sucia palma con un gesto

de estupor y se apoderó del grano de precioso metal.

—¡Oro!—exclamó.

Uno de los vaqueros, el mismo que le había cogido de un brazo para echarle de la taberna, le ofreció:

—¡Yo te doy una botella por eso!

Pero el tabernero intervino:

—Es a mí a quien ha hecho la oferta y el negocio es mío.

El indio se lo entregó.

Lo examinó el tabernero y, una vez convencido de que era realmente oro, se volvió para buscar en la estantería una botella de aguardiente.

—Dos botellas, ¿eh? — insinuó el indígena.

Pero el tabernero tenía ya la botella en la mano.

—Dijiste una. Tómala y lárgate.

El indio la cogió con un gesto de vehemencia y ya se iba a marchar, cuando José Antonio le detuvo.

—¿Dónde encontraste el oro? — le preguntó.

—No sé... Muy lejos — repuso el indígena evasivamente.

—Muy lejos no es decir nada.



—A dos sueños de aquí... No me acuerdo de más.

Se desprendió de la mano de José Antonio que le sujetaba y echó a correr hacia la calle.

—No se acuerda—murmuró José Antonio como hablando consigo mismo—. No se acuerda... Y aunque se acordara no lo diría... A menos que le ofreciéramos una docena de botellas.

Se acercó al mostrador, donde el tabernero examinaba el trocito de oro.

—Es el grano más grande que he visto.

—Has hecho una buena compra—comentó José Antonio, tomando el grano de manos del tabernero.

Por un momento lo estuvo contemplando pensativo.

De súbito exclamó:

—¡Muchachos, es hora de que nos decidamos!

—¿Decidimos? ¿A qué?

—A dejar de ser pobres.

—A eso siempre está uno decidido—comentó Esteban—. Sólo falta saber cómo se consigue eso.

—Buscando y encontrando ese oro.

—Por mí—dijo uno de los va-

queros—, no hay inconveniente. Yo ya me he cansado de ordeñar vacas.

—Pero dos hombres solos no pueden aventurarse—advirtió Esteban—. Los indios les mondarían la cabeza.

—Entonces habrás de acompañarnos—repuso José Antonio.

—¡Hombre, me has dado una idea! Cuenta conmigo.

—¡Claro!—exclamó José Antonio.

Y dirigiéndose a los demás, añadió:

—Y vosotros también debéis venir. Habrá para todos.

Y nadie se negó. Todos eran hombres bragados y todos habían soñado alguna vez con hacerse ricos descubriendo uno de aquellos ricos filones que contenía el suelo californiano.

José Antonio, que no había devuelto al tabernero el grano de oro, exclamó:

—Ya vuelvo.

Y echó a correr con la preciosa muestra.

—¡Eh!—le gritó el dueño de la taberna—. ¡Que el grano es mío!

—No temas — intervino Esteban—. Ya sabes que José Antonio es un hombre formal y honrado.

—Ya lo sé, pero con el oro no se juega.

—Es que quiere enseñárselo al hermano Francisco para hablarle

de la expedición. No sabe hacer nada sin consultarlo con él.

—Si es así, bueno. Pero vosotros sois testigos de que el grano es de mi propiedad.

Y José Antonio, entretanto, corría hacia el convento.

#### IV

Le abrió la puerta el hermano Pedro, el cual se quedó muy extrañado al verlo por allí, cuando ya había cerrado la noche.

—¿Qué se le ofrece, José Antonio?

—Deseo ver al hermano Francisco.

—Esta no es hora de visitas, pero tratándose de usted le recibirá. Voy a avisarle.

—Gracias, hermano Pedro.

En efecto, el hermano Francisco le recibió en seguida.

—¿Qué te trae por aquí a estas horas, José Antonio?

—Quería enseñarle esto.

Y le mostraba en la mano abierta el grano de oro.

El hermano Francisco lo cogió y lo examinó con una sonrisa de indiferencia. ¿Tenían para él tan poca importancia las riquezas!

—¡Bah! Es oro... Otra pequeña muestra de oro... Otra prueba de que este suelo es rico en ese metal que tanto apasiona al mundo... Creí que se trataba de algo más importante.

—En efecto, no es el primero que han encontrado los indios. Pero éste es el más grande de todos.

—¿Qué importa que sea un poco más grande o un poco más pequeño?

—A mí sí que me importa, hermano Francisco.

—¿A ti? ¿Por qué?

—Porque estoy decidido a ir en busca de oro.

El hermano Francisco sonrió y en su sonrisa hubo algo así como una sombra de contrariedad.

—Eso es demasiado serio para que lo tratemos a la ligera. Siéntate y hablaremos.

Obedeció José Antonio y el hermano Francisco le puso una mano en el hombro con gesto paternal.

—¿No te consideras feliz sin el oro? — le preguntó suavemente.

José Antonio justificó así su afán de riquezas:

—Usted ya sabe que quiero casarme.

—¿Y a ella le parece poco lo que le ofreces?

—No, hermano Francisco. Es que no puedo pedirle que comparta mi pobreza. Carmela es tan buena, tan adorable, que se merece lo mejor del mundo.

—No lo dudo, José Antonio, aunque aun no la conozco.

—Pues no tardará en conocerla.

El hermano Francisco le dirigió una mirada interrogadora y José Antonio explicó:

—Está aquí. Ha venido a vivir con su tía Mónica.

—¿Ah!

Y hubo una pausa.

José Antonio la rompió con vehemencia.

—¿Dígame que hago bien en emprender esa aventura, hermano Francisco!

El sonrió resignado.

—Si ése es el único camino para tu felicidad, José Antonio, síguelo.

—Gracias, hermano Francisco... Y perdome que me vaya tan pronto. ¡Hay tanto que preparar!

Pero antes de dejarlo marchar, el hermano Francisco le recomendó:

—Ven mañana con los que te acompañen y a todos, ¡locos o ilusos!, os bendecirá nuestro padre superior.

Y al advertir una sombra de tristeza en la voz del novicio, preguntó José Antonio:

—Gracias anticipadas, hermano Francisco. Pero ¿por qué se entristece?

Y el hermano Francisco declaró:

—Es que pienso en el futuro. Es que pienso en el día en que la fiebre que ahora os ataca a vosotros se extienda por el mundo y entonces la paz y el encanto de esta Arcadia desaparezcan para siempre.

Y añadió con ejemplar serenidad:

—Al Señor le pido que no me deje verlo.

Una sombra de tristeza había nublado el semblante de José Antonio.

El hermano Francisco se arrepintió de haber sido tan sincero.

Y añadió:

—Pero tú encontrarás lo que desees. Anda, vete, que es tarde.

—Adiós, hermano Francisco, y gracias por sus palabras de aliento.

—Adiós y hasta mañana.

Y José Antonio salió del convento para dirigirse a casa de su novia.

V

Esta, Carmela, hallábase en aquel momento, como la mayor parte del día, enfrascada en su labor.

Tenía unas manos de oro para bordar y mucha afición al bordado.

Cerca de donde trabajaba había una ventana cerrada. Era la reja por la que todas las noches hablaba con José Antonio.

Entró tía Mónica.

—Pero ¿trabajando aún, Carmela?—exclamó—. Te vas a quedar sin ojos.

—No lo permita Dios. Me hacen mucha falta.

En efecto, los ojos le hacían mucha falta a Carmela, no sólo para trabajar, sino también para cantar a los hombres y para embele-

sar a José Antonio, pues era lo más bonito que tenía.

Era una muchacha de cuerpecillo delgado y esbelto. Su fina cintura tenía la graciosa flexibilidad de un junco y sus manos blanquísimas eran como cálices de orquídeas.

—Ya sé que te hacen mucha falta los ojos — repuso tía Mónica—. Los necesitas para mirar y remirar a ese pobre diablo de José Antonio.

El semblante de Carmela se alegró al oír este nombre.

Y en vez de disculparse de las acusaciones de su tía, dijo en son de súplica:

—¿Me dejará usted hablar con él esta noche? Nunca tenemos tiempo de decirnos nada.

—Cuanto menos le digas antes— repuso la tía sentenciosamente—, más le gustará después.

—Pero en Monterrey...

—Ahora no estamos en Monterrey — la atajó tía Mónica.

—¿Cómo se conoce que no es usted la que quiere a José Antonio!

—¡Dios me libre!... Cuando tengas mis años y mi experiencia, sabrás lo que vale hacerse desear.

Y en este momento se oyó junto

a la ventana el silbido de José Antonio.

Tía Mónica dirigió hacia la reja una mirada.

—¡Un vaquero! — comentó despectivamente.

Y Carmela, que sentía hacia José Antonio una vivísima simpatía, repuso:

—¡Pobre José Antonio! Siempre esperando... Y él creerá que es por su pobreza... Como si eso me importara... Lo único que me preocupa es que no estoy segura de que le amo.

Y tía Mónica replicó con una de sus mordaces frasecitas, hijas de la experiencia:

—¡Amor!... No pienses ahora en él y alégrate de que tenga reja la ventana.

A todo esto, José Antonio no había cesado de llamarla por medio de silbidos.

Tía Mónica, considerando que ya había retrasado bastante las ansias de Carmela, se retiró a sus habitaciones.

Entonces, la sobrina corrió a la ventana y la abrió.

—Carmela. ¿No me oías?

Pero Carmela respondió a esta pregunta con otra.

—¿Cómo es que has tardado tanto?

—Acércate, que he de decirte algo muy importante.

—Lo primero que quiero que me digas es dónde has estado hasta ahora.

—Puesto que te empeñas en saberlo te lo voy a decir. Ahora vengo de la Misión, de hablar con el hermano Francisco.

—¿El hermano Francisco?

—Sí.

—Ya tengo ganas de conocer a ese hermano Francisco de quien siempre me estás hablando.

—Pues eso es bien fácil: con ir a la Misión...

—Si tú me acompañas...

—Eso va a ser difícil, Carmela.

—¿Por qué?

—Porque parto de madrugada.

Carmela le dirigió una mirada llena de estupor.

—¿Te vas?

—Sí.

—¿Adónde?

—Te prometí hacerme rico, bien sabes tú con qué fin, y ha llegado mi oportunidad. No lejos de aquí hay oro. Varios amigos salimos a buscarlo.

El semblante de Carmela se había entristecido.

—¿Tanto te importa ser rico?

—¡Claro!

—Pues a mí no.

—Ya lo sé... Pero yo no puedo consentir que seas la esposa de un pobre.

—Tampoco puedo consentir yo que por mí expongas tu vida.

—¿Qué mayor satisfacción para mí que hacer por ti algo que tenga algún mérito o alguna exposición? Oye, Carmela, a mí se me ha metido en la cabeza comprarte la hacienda de Las Flores y lo conseguiré. Vivirás espléndidamente. Tendrás vestidos, joyas, criados y coche propio para que lo luzcas en Monterrey.

Pero Carmela sólo pensaba en los peligros que por ella iba a correr José Antonio.

—Sí, sí. Pero, mientras, me quedaré sola, preocupada...

—Más me preocupas tú a mí quedándote.

Y añadió para explicar sus últimas palabras:

—Y acuérdate bien de lo que voy a decirte. Si mientras yo estoy en la montaña miras a otro

hombre, cuando vuelva no faltará quien me lo diga y...

Le interrumpió una carcajada de Carmela.

—¿Celoso? ¡Así se quiere!

—Querer es poco.

—Pero vuelve pronto, José Antonio — suplicó Carmela, volviendo a su idea fija—. Porque sin ti...

—No digas eso. Me suena muy mal. Sin mí nunca. Conmigo siempre.

Y cogido a los hierros de la reja estuvo un momento contemplándola embelesado.

—¿Me juras que me esperarás?

—Eso no se pregunta.

José Antonio se apoderó de una de aquellas manos nacaradas y murmuró en voz muy baja algunos juramentos de amor.

Después intentó besar a su amada entre los hierros.

Pero ella, recordando las palabras severas de tía Mónica, se retiró dejando la frente de José Antonio pegada a los hierros.

—¡Dame un beso!—suplicó.

—Cuando vuelvas.

—Pero ¿no te das cuenta de que nos estamos despidiendo hasta Dios sabe cuándo?... ¿Es que no tienes corazón?

—¿Cómo voy a tenerlo si te lo has llevado tú?

En este momento se oyó la voz de tía Mónica que llamaba a su sobrina.

—¡Carmela, Carmela!

—¿Qué quiere usted, tía?

—Ya es hora de que te acuestes.

—Ahora voy.

Y, volviéndose a su novio, le dijo en voz baja, como si temiera que tía Mónica pudiera oírlo:

—Adiós, José Antonio. Que la Virgen te dé suerte.

Le tendió la mano.

El la cogió y la besó ávidamente. Después dijo:

—¡Cuando vuelva, ya no habrá rejas que nos separen. ¡Adiós, Carmela, adiós!

—Adiós.

Retiró la mano, rompió una lágrima con los párpados y cerró la ventana.

VI

El carro estaba cargado de sacos de harina y esperaba al hermano Pedro, que había de conducirlo a un rancho bastante alejado de la misión, para que a los rancheros no les faltara el alimento principal.

Llegó el hermano Pedro. Llevaba gafas y tenía un aspecto bastante cómico. A pesar de los lentes, no veía bien e iba tropezando en todas partes.

El hermano Pedro poseía un corazón digno del hábito que vestía, pero era lo que se dice una calamidad.

Su bondad llegaba mucho más lejos que su inteligencia, y esto daba lugar a que el padre Superior le hubiera de reprender continuamente.

Por eso ahora, cuando vio que el padre Superior iba directamente hacia él, se preguntó:

—¿Qué habré hecho, Dios mío?

Y temerosamente, preguntó al padre Superior:

—¿Algo malo, padre?

—Sí y no, hermano Pedro.

¿Qué significaba aquello? ¿Qué quería decir "sí y no"?

Como el problema era insoluble para el hermano Pedro, inquirió:

—¿He hecho algo?

—No.

—Entonces debe de ser algo que he dejado de hacer.

—No, no. Esta vez no tengo ninguna queja contra usted.

—Pues no comprendo, padre.

—Se trata de que he pensado que le convendría ir escoltado para transportar esa harina.

—¿Escolta? No hace falta, padre. Yo me basto para conducir el carro.

—No lo digo por eso. Lo digo porque el "Mestizo" ronda por estos barrios y...

—¡Ave María Purísima!—exclamó el hermano Pedro dando un salto—. ¿El bandido?

—Sí, el bandido.

—¡Cáspita!... Entonces... pues... digo que...

Estaba tan tembloroso que apenas podía hablar. Por fin hizo un esfuerzo y continuó:

—Digo que acaso fuera mejor suspender este viaje hasta que...

Pero, al darse cuenta de que el padre Superior estaba notando su cobardía, añadió cambiando de tono y haciéndose el valiente:

—No es que yo tenga miedo, pero...

—No he pensado que el hermano Pedro sea cobarde. ¡Dios me libre! Pero, con bandidos o sin ellos, no podemos dejar a los rancheros sin pan.

—¡Claro, claro!—dijo el hermano Pedro más muerto que vivo.

—Para tranquilidad de todos, he encargado al hermano Francisco que le acompañe. Y que Dios les bendiga.

Dicho esto, el padre Superior se fué, dejando al hermano Pedro sumido en cavilaciones.

Cuando logró salir de ellas y se

dirigió a la delantera del carro, tropezó con el morro de un caballo y se llevó un susto mayúsculo.

Al levantar la cabeza y ver al hermano Francisco, vestido en traje campero, sobre el animal, y al advertir—que todo ha de decirse—que el hermano sonreía burlonamente, volvió a dárselas de Cid Campeador.

—Le estaba diciendo al padre Superior que el "Mestizo" ya me conoce y no se atreverá conmigo.

—Sin duda, hermano Pedro.

Pero como éste no parecía muy dispuesto a subir al carro, el hermano Francisco tuvo que insinuar:

—¿Vamos?

—Por supuesto. ¡Claro que vamos! ¡Y que lleve cuidado ese bandido, porque!...

Iba tan azorado, que volvió a tropezar con el morro del caballo y después con la rueda y, en fin, con todo lo que se le ponía por delante.

Por fin, subió al carro, cogió las riendas y las agitó, mejor dicho, se agitaron ellas solas por causa del temblor involuntario de sus manos.

Y el carro emprendió la marcha seguido del hermano Francisco.

VII

Dos hombres que trabajaban a cierta distancia del pueblo acababan de hacer un alto en su tarea para secar sus frentes sudorosas.

De súbito, uno de ellos se volvió y vió en la lejanía un grupo de jinetes que avanzaban hacia el pueblo al galope tendido de sus caballos.

—¡Son los bandidos!—exclamó.

El otro se volvió y reconoció también a los malhechores.

—¡Sí! Es el "Mestizo" con su gente.

—¡Hay que ir al pueblo a avisar!

—¡Vamos!

De un salto montaron en sus caballos y emprendieron veloz carrera.

De vez en cuando se volvían para cerciorarse de que los bandidos les seguían y después espoleaban a sus caballos.

—¡Los bandidos! ¡Los bandidos!  
—gritaron apenas echaron la vista sobre los primeros habitantes del pueblo.

Y éstos echaron a correr repitiendo:

—¡Los bandidos! ¡Los bandidos!

Se produjo una confusión enorme.

Por todas las puertas y ventanas asomaban rostros aterrados que repetían las mismas palabras:

—¡Los bandidos! ¡Los bandidos!

Y salían a la calle para sumarse a la despavorida carrera de los demás.

Estaban acostumbrados a aquellos ataques, como a los de los indios.

Los héroes que en aquellos tiempos vivían en tierras de California, se hallaban constantemente ante estos dos peligros: los indígenas y los

malhechores que vivían del bandillaje.

Y habían de hacer frente a ellos por sí mismos, pues el servicio de policía no estaba aún organizado.

Pero bien hemos hecho en llamar "héroes" a aquellos audaces colonizadores. Sin distinción de sexos ni edades, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, vaqueros y frailes, eran diestros en el manejo de la escopeta y sabían jugarse la vida cuando llegaba el caso.

Entonces todo el mundo corría al recinto de la misión, se cerraban las puertas de ésta y recibían a tiros a los malhechores o a los indígenas que hacían alguna que otra víctima, pero que tenían que tomar al fin las de Villadiego.

Ahora todo el mundo corría, como de costumbre, a la misión, y entraban un momento en el edificio para volver a salir en seguida armados de escopetas.

Carmela, absorta en su labor, y su tía, sumida en sus rezos, ninguna de las dos se dió cuenta del peligro que las amenazaba hasta que alguien comenzó a dar grandes gritos junto a la ventana:

—¡Los bandidos! ¡A la misión!

El hombre se fué corriendo y Carmela exclamó enloquecida:

—¡Tía! ¡Tía! ¡Los bandidos!

—¿Qué dices?

—¡Los bandidos! ¡Huyamos pronto! ¡Están entrando en el pueblo! ¡Hemos de refugiarnos en la misión!

—¡Jesús! ¡Jesús!

Y tía Mónica empezó a correr de un lado a otro sin saber lo que hacía.

—¡Pero, tía! ¿Qué haces? ¡Vamos, pronto!

Y Carmela tuvo que cogerla de un brazo y llevársela a la calle.

Sin saber cómo, tía Mónica se vió con una sombrilla en la mano.

¿Para qué habría cogido la sombrilla en tales momentos de peligro?

¿Acaso para defenderse? Tal vez, y tal vez fué la subconciencia la que puso en su mano aquel arma defensiva.

Corrieron a lo largo de la calle, camino de la misión, pero antes de que pudieran llegar, entraron los bandidos en el pueblo al galope tendido de sus caballos.

Tía Mónica y Carmela se detuvieron horrorizadas. Estaban perdidas. Los foragidos les habían to-

mado la delantera y pondrían cerco a la misión. No podrían pasar. Y menos mal si la gente del "Mestizo", obsesionada por el afán de llegar cuanto antes a la misión, seguía pasando como ahora sin detenerse y acaso sin reparar en ellas.

—¿Qué podemos hacer, Dios mío?—gimió tía Mónica.

—Cualquier cosa menos ir a la misión, tía. Allí hay ahora más peligro que en cualquier parte del pueblo.

—¿Entonces?

—Volvamos atrás.

—¿A casa?

—A ocultarnos en cualquier sitio.

—Me parece que no nos han visto.

—Sin duda. De lo contrario, no nos habrían dejado escapar.

—¿Para qué pueden querernos?

—Para exigir dinero por el rescate.

—¿Y se nos habrían llevado a su guarida?

—Seguramente.

—¡Jesús!

—¡Cuidado! Llegan más caballos.

Y apenas hubo terminado de pronunciar Carmela estas palabras, un

bandido, al galope desenfrenado de su corcel, desembocó en la calle.

Pero éste no pasó de largo, sino que al verlas, detuvo su cabalgadura y se apeó, dirigiéndose a las dos mujeres.

Carmela se echó a temblar y tía Mónica comenzó a lanzar gritos.

De súbito, y por uno de esos misterios de la vida, el espíritu belicoso de sus antepasados se encendió en ella y en vez de huir o rendirse, levantó la sombrilla y acometió al malhechor furiosamente al mismo tiempo que gritaba:

—¡Canalla! ¡Bandido! ¡Sinvergüenza! ¡Largo, largo de aquí!

Con el puño de la sombrilla, pues la había cogido por abajo para que sus golpes tuvieran más eficacia, alcanzó por primera providencia la nariz del bandido.

Este sintió de pronto que los ojos se le llenaban de lágrimas y se llevó las manos a ellos, bajando la cabeza con movimiento instintivo, momento que fué aprovechado por tía Mónica para propinarle una serie de golpes en mitad de la cabeza que lo aturdieron y lo pusieron a su merced.

Como no daba reposo a su brazo y sus golpes eran cada vez más

fuertes, el malhechor se dijo que había llegado el momento de emprender la retirada y huyó tambaleándose.

Tía Mónica le persiguió todavía propinándole sombrillazos.

Y mientras esto ocurría entre el bandido y tía Mónica, Carmela vió que el "Mestizo" en persona detenía su caballo ante ella, bajaba y se le echaba encima sin darle tiempo a huir.

Había sido tan rápido y había sido tan profunda su sorpresa, que Carmela no intentó siquiera librase de él.

Y sólo cuando el "Mestizo" la rodeó con sus brazos y la levantó en vilo, reaccionó y empezó a pro-

pinarle puñetazos y puntapiés al mismo tiempo que gritaba:

—¡Tía! ¡Tía Mónica!

Pero antes de que la heroica tía pudiera acudir en su auxilio, el "Mestizo" había montado en su caballo con Carmela en brazos y emprendió veloz carrera dejando en el pueblo a sus hombres.

Carmela era tan bonita, que la consideraba mejor botín que todas las riquezas que pudiera hallar en el pueblo.

Y allí se quedó tía Mónica lanzando desesperados gritos y blandiendo la sombrilla que, por cierto, se hallaba en un lastimoso estado.

## VIII

El hermano Francisco se había detenido al oír los disparos.

—Pare, hermano Pedro.

Este detuvo el carro y preguntó:

—¿Qué sucede, hermano Francisco?

—¿No oye? Parece que están atacando el pueblo. Se oyen disparos.

—¿Disparos?

Y aguzó el oído.

—En efecto—balbuceó pálido y tembloroso—. Parecen disparos.

—¡Hemos de volver! ¡Nos necesitan!

Y uniendo la acción a la palabra picó espuelas a su caballo y emprendió el regreso.

El hermano Pedro, más muerto que vivo, empezó a gritar:

—¡Hermano Francisco! ¡Hermano Francisco! ¡No me deje solo!

Pero el hermano Francisco no podía oírle ya. Estaba muy lejos, tan veloz era su carrera.

Entretanto, el "Mestizo" galopaba desenfrenadamente a campo traviesa, llevando a Carmela en brazos, y quiso la suerte que el hermano Francisco lo descubriera en su intento de consumar el rapto de la doncella.

Entonces demostró el hermano Francisco el gran dominio que tenía del caballo.

Aguzó al animal con un ligero movimiento de las bridas y éste saltó como un rayo en persecución del fugitivo.

El vaquero más hábil en el manejo del caballo no habría aventa-

jado al hermano Francisco en aquella ocasión.

El mejor caballista no habría podido alcanzarle.

¡Y qué gallarda actitud la suya sobre el raudó corcel!

Poco a poco, demasiado poco a poco para el hermano Francisco y con excesiva celeridad para el bandido, la distancia que los separaba fué disminuyendo.

Por fin, el religioso se encontró a unos diez metros del fugitivo. Entonces cogió el lazo, le imprimió con la mano en alto un movimiento giratorio y lo lanzó con pulso firme y seguro.

El lazo rodeó el cuerpo del "Mestizo" y se cerró al mismo tiempo que el bandido rodaba por el suelo en compañía de Carmela, que quedó aturdida sobre la arena de la llanura.

El hermano Francisco saltó a tierra y cayó sobre el bandido cuando éste había logrado empuñar su cuchillo.

Lejos de temerle, el religioso se abalanzó sobre él y le sujetó fuertemente por la muñeca. La mano del "Mestizo" y con ella la afilada hoja retrocedieron empujadas por el puño más fuerte del religioso.



Y José Antonio salió del convento para dirigirse a casa de su novia.



—Cuanto menos le digas antes, más le gustarás después.



—¿Qué podemos hacer, Dios mío?



Por fin, el bandido tuvo que soltar el arma...



—Entonces usted es Carmela?



—Detrás de un gran dolor o de una gran alegría, hay siempre una mujer.



*«... y así nació California, flor de Méjico y España».*



— Hice cuanto pude.



—¿Tontol ¿Por qué te atormentas así?



—¿Usted, el hermano Francisco?



—Sí, oír. ¿Comprendes ahora?



—¡Dios mío, no me dejes caer  
en la tentación!



—¡Embustero! ¡Canalla!



—¡Pero José Antonio! ¡Recuerda dónde estás!



Y se confundieron en un fuerte abrazo.



Fuè una boda espléndida...

Por fin, el bandido tuvo que soltar el arma, pues sentía como si sus huesos crujieran bajo la presión de una férrea mordaza.

Mordiéndolo las palabras y trémulo de ira, exclamó el vencido:

—¡Mátame si no quieres que te mate!

—Yo no puedo matar—repuso el hermano Francisco—. Pero sí puedo aceptar esto en nombre tuyo para la misión.

E introduciendo su mano en el bolsillo interior de la chaqueta del bandido, se apoderó de una bolsa de dinero que por él asomaba.

Después se levantó y dejó al "Mestizo" en libertad.

—¡Vete con Dios!—le dijo con voz autoritaria.

El bandido le miraba con ojillos llameantes.

—Algún día nos veremos—repuso.

Y el padre Francisco dijo con una sonrisa:

—¿Por qué no? En la Santa Misión tienes tu casa... si llegas arrepentido.

Y el "Mestizo" se marchó sujetándose la muñeca en la cual sentía el dolor que la presión de la mano del hermano Francisco le produciera.

IX

Solucionado el asunto referente al bandido, al que había dado una lección que probablemente no olvidaría, el hermano Francisco acudió en auxilio de Carmela, que permanecía aún en el suelo sin haber vuelto en sí.

Descolgó su cantimplora y la aplicó a los labios de la joven.

El fresco del agua la reanimó en seguida y, abriendo los ojos, los fijó con una expresión de espanto en el hermano Francisco.

Tomándole por un bandido, suplicó atemorizada:

—¡Déjemel ¡Déjemel!

El hermano Francisco, comprendiendo el motivo de aquella súplica, repuso en tono afable y un poco paternal:

—Tranquilícese. No tenga miedo.

Carmela dirigió una mirada en torno suyo. Tenía la impresión de

que el hombre que la auxiliaba no era un bandido, pero le costaba trabajo convencerse de que no pertenecía a la cuadrilla del "Mestizo".

—¿Dónde está... ése?—preguntó.

—¿El "Mestizo"?—

—Sí.

—Se fué. Le convencí de que se marchara y, además, de que no volviera por aquí.

—¿Usted no será... como él?—inquirió Carmela.

—No, señorita — repuso el hermano Francisco sencillamente.

Y añadió:

—¿Quiere tomar otro sorbito de agua?

—No, gracias.

—¿Se encuentra ya mejor?

—Sí. Ya se me va pasando el susto.

Y añadió humorísticamente:

—¿Como no estoy acostumbrada a que me rapten!...

A todo esto, el hombre de Carmela descansaba sobre el pecho del hermano Francisco.

Era la posición en que había quedado desde que él acudiera a auxiliarla.

Y Carmela comenzó a sentir que aquel hombre le atraía poderosamente. Era una simpatía extraña: una mezcla de gratitud y admiración hacia el hombre fuerte que la había salvado.

En cuanto a él, al ver aquellos hermosos ojos fijos en los suyos, al percibir la blancura de aquellos dientes y el tono nacarado de aquellas mejillas, al ver todo esto de cerca, de muy cerca, experimentó una fuerte emoción que le obligó a desviar la mirada.

Se levantó y la ayudó a levantarse.

Apenas estuvo en pie, al dar el primer paso, Carmela perdió el equilibrio y tuvo que cogerse al hermano Francisco para no caer.

—¿Se ha lastimado?—preguntó el religioso otra vez dominado por cierta inquietud al sentir aquel cuerpo junto al suyo.

—No, nada de eso—repuso ella

alegremente—. Es que he perdido un tacón a consecuencia de la caída.

—Lo buscaré.

—No se moleste.

Y rectificó en seguida:

—Es decir, a menos que quiera hacerme volver a casa a pie.

El hermano Francisco sonrió.

—Eso sí que no. El caballo va a extrañar el peso de dos personas, pero no creo que le importe.

—Al caballo seguramente que no. ¿Y a usted?

Un poco azorado y evitando la mirada de aquellos ojos, el hermano Francisco repuso:

—Desde luego que no.

Y le ofreció las manos a modo de estribo para que subiera al caballo.

Lo intentó Carmela, pero su pie resbaló y cayó sobre el hermano Francisco.

La inquietud de éste aumentaba por momentos.

Aquella mujer...

Pero en seguida logró sobreponerse.

—Habremos de probar otra vez.

Y ahora sí que consiguió Carmela quedar sentada en el caballo, entre la cabeza y la silla.

Subió después el hermano Francisco, y como el caballo emprendió un trotecillo muy ligero, Carmela, para no caer, tuvo que pasar los brazos alrededor del cuello de su salvador.

\* \* \*

Ya habían llegado al pueblo.

El hermano Francisco preguntó:

—¿Dónde quiere que la deje?

—Vivo ahí, con mi tía Mónica.

El hermano Francisco recordaba aquel nombre por habérselo oído pronunciar a José Antonio.

—¿Con su tía Mónica?

Y dedujo:

—Entonces, ¿usted es Carmela?

—Sí. ¿Cómo sabe usted mi nombre?

—Su novio es un buen amigo mío.

—¿De veras?

—Sí.

Entretanto, habían llegado frente a la casa.

—¿Es aquí? — preguntó el hermano Francisco.

—Sí, señor.

—Entonces, me va usted a permitir que la deje y que vaya un mo-

mento a la misión a ver qué ha sucedido.

—No cabe duda de que los bandidos han sido derrotados, porque todo está ya tranquilo.

—Desde luego... Vaya, adiós.

Ella había depositado en el suelo y ya iba a marcharse, cuando Carmela le preguntó:

—¿Volveremos a vernos?

—Sí, Carmela. Volveremos a vernos—repuso el hermano Francisco con aquel tono dulce y fraternal que había cautivado a la joven.

Se marchó el caballero y Carmela permaneció en la puerta hasta que le hubo perdido de vista.

Y en el fondo de su alma de mujer se decía:

—¡Qué hombre tan extraordinario!

X

Era el atardecer y en la capilla reinaba la penumbra.

Carmela, de rodillas, oraba.

Cuando terminó sus rezos fué a salir y entonces se encontró con el hermano Francisco.

Llevaba el hábito franciscano.

Carmela le miró sorprendida. ¿No era aquella cara exactamente igual a la del hombre que la salvó cuando el "Mestizo" se la llevaba? ¿Sería posible que...?

Pero no tuvo tiempo de seguir haciéndose reflexiones. El hermano Francisco, advirtiendo su sorpresa, murmuró:

—Buenas tardes, Carmela.

Y salió de la capilla.

Entonces ya no le cupo duda a la joven de que el hombre que la había salvado era un religioso.

Hizo algunas indagaciones y se enteró del nombre del franciscano.

Y al día siguiente fué a la misión en su busca.

Lo halló en el jardín, ocupado en la lectura de un libro.

Carmela murmuró:

—¿Es usted el hermano Francisco?

El religioso levantó la cabeza.

—Sí, Carmela—contestó al ver a la novia de José Antonio—. ¿La sorprende?

—Sí. Cuando ayer le vi en la iglesia, me pareció increíble que fuera usted el hombre que me salvó... ¡Lo veo tan distinto!... Y, sin embargo, es usted.

—Para servirla siempre.

Carmela vacilaba.

—Tengo muchas cosas que agradecerle... y no sé cómo empezar.

—Piense que ya acabó... y siga.

El tono cordial y sencillo que el hermano Francisco empleaba animó a Carmela.

La joven dirigió la vista al banco donde el religioso estaba sentado y preguntó:

—¿Me permite?

—¿Cómo no? Siéntese.

Se había retirado hacia un extremo del banco.

Carmela se sentó.

—Dije a mi tía—declaró—que vendría hoy mismo a darle las gracias. Pero no es ése el único motivo de mi visita.

—¿No?

—No. Deseo preguntarle a usted algo. Perdóne mi curiosidad, pero... ¿cómo se explica que un hombre de su temple, de su valor, de su amor a la vida, renunciara al mundo?

El semblante del hermano Francisco se ensombreció ligeramente, pero él sonrió.

—Para mí esto era la vida.

—Yo creía que se renunciaba al mundo por escapar de la vida.

La fuerza del argumento desconcertó un poco al hermano Francisco que, sin embargo, no dejó de sonreír.

—Acaso yo sea una excepción—repuso.

Hubo una pausa. Carmela cre-

yó advertir el efecto que sus palabras habían producido en el religioso.

—No debía hacerle estas preguntas—murmuró en son de disculpa.

—¿Por qué?

Y sonrió amargamente.

—Tal vez haya acertado usted. Acaso no sea yo distinto a los demás. En mi pasado puede haber algo que me obligara a tomar esta determinación.

El tono era de franca confianza. Carmela se atrevió a preguntar:

—¿Una mujer?

Y la voz del hermano Francisco pareció como un eco lejano al contestar:

—Detrás de un gran dolor o de una gran alegría, hay siempre una mujer.

Y hubo un silencio lleno de evocaciones y angustias.

—¿Hábleme de ella!—suplicó la joven—. ¿Cómo era?

El hermano Francisco la miró absorto en pensamientos lejanos, en remotos recuerdos.

De súbito, alzó la voz, su hermosa voz, y cantó así:

Todo en ella encantaba,  
 Todo en ella atraía,  
 Su mirada, su gesto,  
 Su sonrisa, su andar.  
 El ingenuo de Francia  
 De su boca fluía,  
 Era llena de gracia  
 Como el Ave María.  
 Quien la vió, no la pudo  
 Ya jamás olvidar.

Ingenua como el agua,  
 Difana como el día,  
 Rubia y nevada como margarita sin par.  
 Al influjo de su alma celeste amanecía.

Era llena de gracia como el Ave María.  
 Quien la vió no la pudo ya jamás olvidar.

¡Cuánto, cuánto la quise!  
 Mas no pudo ser más,  
 Porque flores tan bellas  
 Nunca pueden durar.  
 Era llena de gracia  
 Como el Ave María,  
 Y a la fuente de gracia  
 De donde procedía  
 Se volvió como gota  
 Que se vuelve a la mar.  
 Era llena de gracia  
 Como el Ave María

## XI

En el lejano campamento levantado a orillas de un río, los buscadores de oro agotaban sus esperanzas y su paciencia.

Día tras día y hora tras hora, buscaban la pista de los preciosos yacimientos en las arenas del fondo del mar.

Penetraban en la corriente hasta que el agua les llegaba a la cintura y llenaban de arena los finos tamices, a los que imprimían un movimiento de balanceo y rotación.

Nada, siempre nada.

Sus ojos se agotaban en un esfuerzo inútil, devorando aquellas arenas en busca de las preciosas partículas.

Trabajaban con una avidéz febril. Sólo pensaban en el oro y vivían pendientes de aquella ilusión.

Era un anticipo de lo que ocurriría en el mundo cuando el oro se descubriera.

Entonces de todos los pueblos de la tierra llegarían caravanas de ilusos poseídos del afán de la fiebre del oro.

Algunos, muy pocos, triunfarian. Los demás se agotarían en una lucha inútil con la suerte.

José Antonio y sus amigos habían de vivir en un continuo alerta. Estaban solos en medio de la montaña y si los indios les atacaban tendrían que defenderse por sí solos. La colonia más cercana quedaba tan lejos, que se necesitaría más de un día en ir a buscar refuerzos y cuando éstos llegasen ya no serían necesarios.

Cada uno de los buscadores tenía un buen cuchillo y una escopeta. Bastantes municiones, pero no las suficientes para sostener un combate que se prolongara demasiado.

Pero ninguno de ellos temía a estos peligros. En todos los pechos palpitaba la bravura y todos confiaban en la seguridad de su pulso y la decisión de su puntería.

Aquella tarde, trabajaban como de costumbre los buscadores de oro, cuando llegó Jaime, el correo.

Todos dejaron el trabajo y acudieron a darle la bienvenida.

Para ellos era un placer ver a una persona del pueblo.

—¿Cómo tan pronto?

—¿Qué hay, Jaime?

—¡Bienvenido!

—¡No te esperábamos hasta mañana!

Estas frases y otras muchas salieron de los labios de aquellos solitarios buscadores.

—¡Salud, muchachos!—repuso Jaime alegremente.

Y explicó:

—He venido antes de lo que esperabais porque no he querido dormir. Con los bandidos tan cerca...

—¿Bandidos?

—¡Ya lo creo! El "Mestizo" entró a saco en el pueblo y a poco más se lleva a la muchacha de Monterrey.

—¿A Carmela?—preguntó José Antonio ansiosamente—. ¡Acaba! ¿Qué ocurrió?

—Tranquilízate—repuso Jaime. —Está sana y salva. Por cierto que me dió esta carta para ti.

Se la entregó y a José Antonio le faltó el tiempo para abrirla.

Uno de los mineros acercó su cara al hombro de José Antonio.

—¿Qué cuenta?—preguntó.

Estaban le apartó con un gesto lleno de severidad.

—No metas las narices donde no te importa. ¿Eso te enseñaron en la escuela?

Y entonces fué él el que asomó las narices por encima del hombro de José Antonio.

Este, que ya estaba leyendo la carta, exclamó:

—¡Escuchad esto, muchachos!

Y leyó en voz alta:

—“Cazó con el lazo al “Mostizo” y después lo desarmó.”

José Antonio explicó alegrementel:

—Se refiere al hermano Francisco. Ya sabía yo que la dejaba en buenas manos.

—En el pueblo no se habla de otra cosa—dijo Jaime.

—¡Y ahora oíd esto!—exclamó el lector.

Y leyó otro párrafo de la carta:

—“Durante toda la semana he-

mos estado ensayando la jota que he de bailar en la fiesta...”

Esto sembró la tristeza entre los buscadores de oro.

Se oyeron lamentaciones de toda especie.

—¡Lástima que no podamos ir!

—¡Tanto como se divertirán y nosotros aquí tan aburridos!...

—¡Con lo animado que estará el baile este año!...

—¡Bah! — les animó Jaime—. Cuando encontréis el oro volveréis al pueblo y entonces tendremos una semana entera de fiestas.

Y con esta esperanza se quedaron los buscadores de oro mientras Jaime volvía a montar a su caballo y se perdía en la enorme extensión de la llanura.

## XII

Gran animación. Se percibía el grato olorillo de los corderos asados y el hermano Pedro rondaba las

hogueras sobre las cuales giraba la gustosa carne prendida a gruesas estacas.

El hermano Pedro tenía en todo momento un apetito envidiable y aquel olorillo ejercía sobre él una especie de atracción hipnótica.

Vió un gran barreño repleto de trozos de carne asada. Y, sin saber cómo, su mano se fué hacia uno de ellos.

Entonces oyó una voz a sus espaldas:

—¿Es que el hermano Pedro no piensa más que en comer y en dormir?

Se volvió y se encontró frente al padre Superior.

—¡Qué mala suerte!—se dijo.

Y volvió a depositar el trozo de carne asada en el barreño.

—¿Que no pienso? ¡Y cómo pienso!

Todo el pueblo estaba en la fiesta. Las muchachas lucían sus mejores vestidos y las mamás llevaban aquellas prendas que hace siglo y medio simbolizaban el recato y la severidad.

No faltaba el grupo de solteronas que de todo murmuraba y todo lo criticaba, ni la viuda alegre que se mezclaba con la juventud pretendiendo que la tomaran por una muchacha inocente.

Con los trajes camperos de los

mozos alternaban los hábitos franciscanos y entre aquella alegre multitud iba y venía el hermano Francisco, atendiendo las consultas de todos.

El era el organizador de los números de canto y baile, debido a sus conocimientos en cuestiones de música.

—¡Todo el mundo preparado!— exclamó—. ¡A bailar la jota! ¡Y a ver cómo lo hacemos!

Muchachas y mozos corrieron con gran algazara a la glorieta donde la orquesta estaba preparada y el público ocupaba las sillas instaladas alrededor del escenario natural.

Cuando ya estaban preparados los bailarines, entre los cuales se hallaba Carmela, el hermano Francisco dió la señal que la orquesta esperaba y empezó la música y el baile.

El hermano Francisco se retiró a un lado y procurando pasar inadvertido porque así se lo exigía su modestia, siguió atentamente los movimientos de los bailarines que habían ensayado bajo su dirección.

De pronto, su mirada se cruzó con la de Carmela y le fué difícil contener un estremecimiento.

Carmela bailaba con una gracia natural que la hacía destacar del cuadro de bailarinas. Su holgada falda se levantaba a cada vuelta de la jota. Sus brazos encontraban las posiciones más acertadas y su cintura flexible imprimía suaves ondulaciones a su esbelta figura.

Además, los ojos de Carmela, aquella sonrisa, aquellos dientes inmaculados...

Retrocedió el hermano Francisco sacudido por una emoción extraña.

Toda su voluntad era impotente para poner freno a los impulsos de su corazón.

El hermano Francisco estaba enamorado. Y esta convicción le llenó de inquietud.

De pronto cesó la música. Uno de los invitados más revoltosos había solicitado del director esta tregua para cantar una copla.

Y como el auditorio aplaudía, el director se prestó a que la música le acompañara.

Con muy mala voz y alternando con los "gallos" las "gallinas", cantó de este modo:

"Mi mujer y yo comemos  
Los dos en el mismo plato.  
Pero ella es la que engorda  
Mientras yo me quedo flaco."

Gran estruendo de silbidos y carcajadas.

Entonces, una de las bailadoras se acercó al hermano Francisco para suplicarle que cantara.

El trató de excusarse.

—¡No, por Dios! Los organizadores tienen la misión de vigilar y nada más.

Pero a la que había formulado la súplica se sumaron otras muchachas y todas insistieron en que el hermano Francisco cantara, pues todas sabían que tenía una hermosa voz y un dominio completo del arte de Caruso.

Y el hermano Francisco, con el asentimiento del padre Superior, a quien consultó con la mirada, no tuvo más remedio que acceder a aquellas súplicas formuladas con tanta vehemencia.

En medio de la expectación general y de un gran silencio, el hermano Francisco cantó esta copla:

"Quiso Dios en este mundo  
Ver la gloria retratada,  
Y así nació California,  
Flor de Méjico y España."

—¡Así se canta!

—¡Vaya voz y sentimiento!

—¡Viva el hermano Francisco!

Estas exclamaciones se mezclaron a los aplausos con que fueron acogidas las últimas notas de la canción.

El hermano Francisco, dominado por los recuerdos y por las emociones más indefinibles, se retiró a un rincón y, con el pensamiento, elevó a Dios una súplica para que le ayudara en aquel difícil trance de su vida.

Recuerdos de un mundo de éxitos y placeres acudían en tropel a su memoria.

Los anhelos más humanos resurgían en su cuerpo y en su alma arrolladoramente.

Y la visión de Carmela bailando y sonriendo no se apartaba de sus retinas.

—¡Señor, Señor! ¡Ayúdame!

Y se alejó de aquel lugar donde las tentaciones le envolvían y dominaban.

Iba sin rumbo fijo, por las intermediaciones de la misión.

La imagen de Carmela le perseguía.

Y el hermano Francisco, que había amado una vez apasionada y ciega mente, sabía lo que significaba aquella emoción que le llenaba el alma y el pensamiento.

En vano cerraba los ojos y se pasaba la mano por la frente para huir de aquella visión interna que llenaba todo su ser. Los ojos de Carmela, la sonrisa de Carmela, las ondulaciones de aquella esbelta figurilla le perseguían y podían más que su voluntad y que su fe.

—¡Dios mío!—murmuró en súplica angustiosa.

Y de súbito oyó un rumor lejano. Era una canción, un coro que se acercaba. Se ocultó y vio pasar un grupo de labradores que cantaban:

Así cual mueren en Occidente  
Los tiblos rayos del astro rey,  
Así murieron mis ilusiones,  
Así extinguiendo se va mi fe.

El novicio tarareó la melodía, y, sin poderlo remediar, cantó a su vez:

Carmen, Carmela, luz de mis ojos,  
Si luz no hubiera  
Tú habrías de ser  
Hermoso faro de venturanza  
Dulce esperanza, bello placer...

La cadenciosa tonadilla acabó de destrozar su espíritu.

Huyó y estuvo vagando al azar no sabía cuánto tiempo.

Cerró la noche y continuaba su marcha sin rumbo.

Cuando regresó al convento, se encontró con el padre Superior.

—Hermano Francisco, le hemos echado de menos en el rosario. ¿Dónde estaba?

—Paseando, padre.

—¿Y no pensó que hacía falta en el órgano?

—No pensé. Le ruego que me perdone.

Al advertir el tono angustiado y la alteración del semblante del her-

mano Francisco, el padre Superior preguntó:

—Pero ¿qué le sucede, hermano?

—No sé—balbuceó el religioso.

—Un poco de jaqueca... Nada de particular...

Y huyó de la mirada penetrante del padre Superior.

### XIII

Había cerrado la noche cuando llamaron a la puerta del convento.

El hermano Pedro abrió la mirilla.

—¿Qué desea?

—Ver urgentemente al padre Superior.

—¿Está seguro de no ser otro bandido?

—Ahra en seguida. Es muy importante.

El padre Superior, que se hallaba cerca hablando con el hermano Francisco, oyó estas palabras y se acercó a la puerta.

—¿Qué sucede? — preguntó a través de la mirilla.

—Soy yo, padre—repuso Jaime.

—Vengo de la montaña, del campamento de los buscadores de oro.

Al reconocer la voz de Jaime, el padre Superior ordenó al hermano Pedro que abriera la puerta y salió al portal.

—¿Qué sucede? — preguntó de nuevo.

—Que Esteban, el del pinar—explicó Jaime—, está malherido.

—¿Malherido?

—Sí... Una cuchillada... Esteban

tenía unos dados, se pusieron a jugar, ganó demasiadas veces, hubo riña y se encontró con una cuchillada. Tememos que sea grave.

—¿Están muy lejos?

—A un día de aquí... En un buen caballo...

Intervino el hermano Francisco:

—Yo iré, padre—dijo con vehemencia.

Aquel tono impetuoso no fué del agrado del padre Superior.

—No sé si podremos prescindir del hermano—repuso severamente.

—¡Perdone, padre! Quise decir que deseaba ser útil en esta ocasión.

—Bien. Vaya y lleve medicinas. Haga cuanto pueda.

—Gracias, padre. Llevaré todo lo necesario.

Fué primero en busca del botiquín y después al corral por su caballo.

—¡Vamos!—dijo a Jaime.

Y los dos se pusieron en marcha.

En las calles del pueblo se encontró con Carmela que le detuvo.

—¡Hermano Francisco!

—Discúlpeme — repuso el religioso—. Llevo prisa. En el campamento de los buscadores de oro hay un herido y temo que...

—¡Jesús!—exclamó Carmela—. ¿Acaso es José Antonio?

—No. Tranquillícese. Es Esteban.

—¿Llevará a José Antonio mi cariño?—suplicó Carmela ingenuamente.

—Sí, sí — repuso el hermano Francisco en un tono extraño.

—Gracias. Que Dios le acompañe.

Y Carmela se apoderó de una mano del religioso y depositó en ella un beso.

El hermano Francisco se estremeció y retiró la mano.

—Adiós, Carmela—dijo sin mirar a la joven.

Y picó espuelas a su caballo.

Carmela cruzó la calle, en dirección a la puerta de su casa, pues se hallaba frente a ella, y entonces se tropezó a la señora de Moreno que salía de su propia casa.

—¡Buenas noches, señora de Moreno!—la saludó Carmela.

Pero la dama, en vez de contestarle, le volvió la cabeza y se alejó.

Esta actitud extrañó a la joven, la cual al entrar en casa, explicó a su tía Mónica lo ocurrido.

—¿Por qué no habrá contestado

a mi saludo la señora de Moreno?  
—preguntó.

Y tía Mónica repuso:

—Porque ha visto cómo le besabas la mano al hermano Francisco. También yo, a través de los cristales, junto a la señora Moreno, he presenciado esa escena en que no te has comportado con la prudencia debida.

—¡Tía Mónica!

—Tú sabes la lengua que tiene esa mujer. Es capaz de hacer creer a todo el pueblo que tú y el hermano Francisco...

—Le debo la vida, tía Mónica. ¿Está mal que le muestre un poco de gratitud?

—Gratitud a la Virgen, no a él.

—¡Oh, tía! ¿Tú también? ¿Cómo puedes decir esas cosas?

—Sé más prudente y no tendré que decir nada.

Y se fué para poner fin a aquella desagradable conversación.

Entretanto, en la misión, el padre Superior se decía, recordando la extraña nerviosidad del hermano Francisco, si había hecho bien en dejarlo marchar. ¿Volvería? ¿Vacilaba su fe y, por su condición de novicio, aprovecharía, acaso, en aquellos momentos de duda, en que más necesaria era la soledad de la celda para meditar, la oportunidad para renunciar a abandonar definitivamente el mundo?

Pero se consolaba con la idea de que, si no era tan fuerte su vocación como para olvidar todo lo exterior, valía más que el novicio recobrase la libertad, pues sin fe no podía ser un buen franciscano.

#### XIV

Ya estaba Esteban curado.

El hermano Francisco, como casi todos los religiosos de la misión,

tenía algo de cirujano y de médico.

—Hice cuanto pude—declaró el

hermano—. Creo que dentro de una semana estará listo para volver a su ganado.

Pero Esteban repuso:

—No, hermano. El ganado se ha terminado para mí. Quiero ser rico y lo seré, cueste lo que cueste.

—Tiene razón Esteban—intervino José Antonio—. No podemos regresar al pueblo fracasados. Hay que seguir adelante y hay que triunfar.

—Pero ¿aun no habéis encontrado ese oro?

—Sólo indicios.

—¿Indicios y ya habéis reñido por él?

—No fué por el oro — explicó uno de los vaqueros—, sino por los dados.

Esteban, que estaba echado sobre unas mantas dentro de la tienda, alzó la vista hacia el que había pronunciado tales palabras y replicó:

—Ya te dije que esos dados eran buenos.

—Buenos para ti.

—¿Quedamos en que no volveríamos a hablar del asunto!—intervino un tercer vaquero.

Entonces el hermano Francisco se despidió.

—Veo que no me necesitáis y me marchó.

Esteban le dirigió una mirada llena de gratitud.

—Gracias, hermano Francisco, creí que había llegado mi última hora.

—Dios no ha querido que sea así. Ahora voy a pedirte una cosa como recuerdo.

—Lo que quiera y tenga yo, suyo es.

—Regálame esos dados.

—Ahí van.

Se los entregó Esteban y el hermano Francisco se los guardó.

—Adiós, muchachos.

—Adiós y buena suerte.

—¿Con los dados?

—No, en el viaje.

—Gracias.

El hermano Francisco se fué en busca de su caballo y cuando había montado en él, oyó la voz de José Antonio.

—¡Hermano Francisco! ¡Hermano Francisco!

El semblante del religioso reflejaba una extraña frialdad.

José Antonio llegó a su lado.

—Esperaba el momento de poder testimoniarle mi gratitud, hermano.

El repuso con cierta sequedad:

—Nada tienes que agradecerme.

—¿Nada? ¿No salvó usted la vida a mi Carmela? ¿No castigó al "Mestizo"?

—Cualquiera lo habría hecho.

Y con el deseo de que el hermano Francisco le hablara de su novia, José Antonio exclamó:

—¡Qué ganas tengo de ver a Carmela! Pero no he de volver al pueblo hasta que sea rico. Así se lo prometí y así lo haré.

—Tengo que irme—dijo el hermano Francisco con impaciencia.

—Perdóneme. Acaso usted no comprende lo que una mujer puede significar para un hombre.

—¡Claro que no! — exclamó el religioso en un tono sarcástico que era de todo punto impropio de él.

— ¡Cómo puede un pobre fraile comprender esas cosas!

José Antonio se quedó muy sorprendido ante el tono empleado por el hermano Francisco.

Y aun fué mayor su extrañeza cuando vió que el religioso partía dejándole plantado.

—¡Oiga! ¡Espere!—suplicó José Antonio, que quería hablarle de Carmela.

Pero sólo obtuvo esta desabrida contestación:

—Ya esperaré demasiado. Hasta la vista, José Antonio.

—¡Pero, hermano!...

El hermano Francisco ya no podía oírle.

Y allí se quedó José Antonio diciéndose:

—¡Qué raro! ¡Nunca lo hubiera creído!

## XV

Tuvo que refugiarse en una cueva, porque se había desencadenado una tempestad y llovía torrencialmente.

Los relámpagos iluminaban con irregulares intermitencias la profundidad del antro. Retumbaba el trueno haciendo temblar la tierra. Surcaba el rayo la atmósfera.

El hermano Francisco se sentó en una piedra, junto a una pequeña corriente de agua que se deslizaba por el suelo de la cueva.

En sus oídos resonaban aún las palabras de José Antonio queriéndole hablar de Carmela.

Y él había puesto fin a la conversación sin ni siquiera transmitirle el encargo de su novia. "Llévele mi cariño", le había suplicado ella cuando él salió del pueblo a caballo.

Y él, en vez de cumplir como sus hábitos le exigían, no había transmitido a José Antonio las palabras de amor y encima le había hecho objeto de su frialdad y de su desprecio.

Se oprimió las sienes con las manos y se dijo:

—¡La amo! ¡La amo!

De pronto, el yo mezquino y sensual que llevaba en él como todo hombre, le amonestó:

—¡Tonto! ¿Por qué te atormentas así? Eres un hombre. Sé un

hombre. Sé un hombre. Mira, recuerda...

Y el hermano Francisco miró a la boca de la caverna.

En la cortina que formaba el agua fué tomando forma una escena vivida por él. Carmela caída en el suelo y apoyada contra su pecho la cabeza. Fué cuando la rescató del "Mestizo". Continuó la voz misteriosa:

—La tuviste en tus brazos. ¿Por qué no la besaste? Yo la hubiera besado y nadie lo habría sabido. ¿Por qué fuiste tan tonto? Mira, mira otra vez.

Lo que ahora vió el hermano Francisco en la cortina que formaba la lluvia fué el cuerpecillo esbelto de Carmela bailando graciosamente la jota.

—Es hermosa, adorable—continuó el hombre, mientras el religioso se debatía—. Y puede ser tuya. Yo vivo aún, a pesar de tus votos de humildad y pobreza; yo vivo aún dentro de esos hábitos.

El hermano Francisco, trémulo y febril, introdujo su mano en el agua cristalina para refrescar sus labios.

Y entonces se encontró con que en su palma había un grueso grano de oro.

—¡Oro!—exclamó.

—Sí, es oro — dijo la voz que conturbaba su alma—. La tierra está llena de granos de oro y todo puede ser tuyo... No vaciles más. Eso es tu fuerza, tu libertad... Con eso podrás comprar el mundo entero para ti y para ella...

—Sí, sí —exclamó caloquecido el religioso.

—Ve en seguida a buscarla. Mira, ya estás ante la ventana de su cuarto. Entra.

En efecto, el hermano Francisco, sin saber cómo, se encontró ante la casa donde dormía Carmela.

El hombre dominaba al fraile, la tentación había vencido. El hermano Francisco no era ya el humilde franciscano, sino el hombre que había sido en vida. Sus ojos relampagueaban de sensualidad. En sus gestos no había aquella dulzura que tanto había influido en Carmela.

Penetró en la casa como el donjuán más audaz y se encontró ante el lecho donde Carmela dormía.

¡Qué hermosa estaba! Los encajes del camisón dejaban transparentar el nácar y la nieve de su pecho virgen.

—¡Qué hermosa es—se dijo el

hermano Francisco—y qué tanto he sido hasta ahora!

Y la llamó.

—¡Carmela, Carmela!

Ella despertó sobresaltada.

Al verle ahogó un grito de sorpresa.

—¿Usted, el hermano Francisco?

—Fui el hermano Francisco.

—Pero parece otro — exclamó Carmela con creciente inquietud— Su mirada, su modo de hablar... Sí, es otro.

—Sin duda. El hermano Francisco ya no existe. Yo lo maté; yo quemé sus hábitos.

—No puedo comprender...—dijo Carmela sin salir de su asombro.

—¿No? ¡Mira!

Y le mostraba un puñado de granos de oro hallados en la caverna.

—¿Oro? — preguntó ella cada vez más confundida.

—Sí, oro. ¿Comprendes ahora?

—Pero ¿ese oro es suyo?

—Nuestro, Carmela.

La joven había sentido en su oído el roce de los viriles labios.

Y se retiró temerosamente al otro lado de la cama.

—¡Por Dios! ¡Váyase!

—No me marcharé sin ti.

Trató de abrazarla y Carmela tuvo que saltar al suelo para esquivar el brazo del hermano Francisco.

Sin embargo, éste, que estaba decidido a todo, se fué hacia ella.

—Pero ¿se ha vuelto loco?—exclamó la aturdida y temerosa joven—. ¿Se ha olvidado de quién es y de quién soy?

—Sí—repuso el hermano Francisco con una risa diabólica—. Me he olvidado de todo. Aun estoy a tiempo de ser libre.

—Pero ¿con qué derecho me habla usted?

—¿No es para ti un derecho el amor?

—¿Amor? —inquirió Carmela dominada por una emoción indefinible.

—Amor, sí. Un amor que me ciega y me empujó hacia ti, un amor que nació en el momento mismo de tenerte en mis brazos cuando te libré del "Mestizo". ¿No lo sabías, Carmela? Desde entonces te amo con locura. ¡Ven, ven conmigo! ¡Huyamos! El mundo es grande y en él bien cabe nuestra felicidad. Me casaré contigo. Seremos el uno del otro para siempre... ¡para siempre!

Y sintió que Carmela se abandonaba en sus brazos.

Entonces la dió un beso y las dos almas experimentaron la sacudida del deseo y de la pasión.

El hermano Francisco abrió los ojos y se encontró en la caverna, con el grano de oro en la mano.

Y su otro yo, el hombre, el tentador, murmuró a su oído:

—¿Ves qué fácil es? ¿Has visto qué fácil sería si tú te atrevieras?

Todo había sido un sueño. Pero un sueño que había dejado en su alma la más viva impresión, un sueño que había envenenado su espíritu.

Aun sentía en sus labios el contacto de la amada boca, aun le parecía tener entre sus brazos el cuerpo palpitante de Carmela.

¡Sí! ¡Sí! ¡Era muy fácil! Tenía razón aquella voz misteriosa que le hablaba desde el fondo de su misma alma. ¡El tenía derecho a ser feliz!

Se levantó y echó a correr.

La tempestad había cesado y su caballo había desaparecido, pero el hermano Francisco ni siquiera reparó en ello.

Corría como enloquecido, entre

pedras y mulezas. Si algún obstáculo se oponía a su paso, lo saltaba.

De pronto, la cruz que pendía de su largo rosario se enganchó en una planta y el hermano Francisco no pudo continuar.

Tuvo que desprender la cruz del laberinto de ramas y entonces, al tener entre sus manos la imagen de Cristo crucificado, experimentó una profunda convulsión.

Fué como si despertara de una pesadilla. Entonces se dió cuenta de lo que iba a hacer.

Y cogiendo la cruz con ambas manos, gimió:

—¡Dios mío, no me dejes caer en la tentación! ¡No me abandones!

¡Perdóname, Señor, y dame fuerzas para cumplir tu divina voluntad!

Estaba en lo alto de un desmonte. Y allí, en aquella cúspide, con el Cristo entre las manos y los ojos elevados al cielo, cantó:

Toca, dolorosa campana de antaño,  
Toca, que se ha muerto mi última ilusión.

Toca, campanero de mi desengaño  
En el campanario de mi corazón.  
Esperanza mía, repicando a duelo,  
Pon sobre tus hombros un oscuro tul.  
Porque ya no existe mi postrar anhelo,  
Porque ya ha volado mi ilusión azul.  
Era la más dulce de cuantas tenía  
Era la más linda de cuantas soñé,  
Era la más dulce, pero ya no es mía;  
Era la más linda, pero ya se fué.

Toca, dolorosa campana de antaño,  
Toca, que se ha muerto mi última ilusión.

Toca, campanero de mi desengaño  
En el campanario de mi corazón.

## XVI

"Querido José Antonio:

Si el oro puede darte la felicidad, lo encontrarás en la cueva que está junto al camino sobre el arro-

yo seco, a dos horas del campamento, en dirección al pueblo."

El hermano Francisco terminó de escribir esta carta, la encerró

en un sobre y se la entregó a un indigena que estaba esperando. y repartían saludos a diestro y siniestro.

—Lleva esto al campamento de los mineros, en el cañón de San Blas, y entrégalo personalmente a José Antonio Romero.

El resultado de esta carta fué que a los pocos días por el pueblo se corrieron las voces de que los buscadores de oro habían encontrado un rico yacimiento y regresaban para celebrarlo.

La que más impresionada se mostraba por la noticia era Carmela, que iba nerviosamente de un lado a otro mientras su tía Mónica trabajaba pacientemente.

—¡Siéntate, muchacha! — dijo por fin a su sobrina que la mareaba con tanto ir y venir.

—Todo el mundo ha ido a recibir a los que llegan.

—Sólo la gentuza.

—Es que yo...

—Ten un poco de orgullo. Que venga él a verte.

—Necesito hablarle en seguida, antes de que lleguen a sus oídos las murmuraciones.

—Deja que murmure. Peor para él si cree en ellas.

Al mismo tiempo, los buscadores de oro se detenían ante la cantina

Todos bajaron de sus caballos menos José Antonio.

—¿No entras a echar unas copas? —le preguntó uno de sus camaradas.

—No, gracias, ahora no.

—Ya sé por qué lo dices. Quieres ir antes a ver a la muchacha.

—Naturalmente.

—Ya tendrás tiempo de verla. ¿Qué más da un minuto antes que un minuto después?

—No estará muy seguro de ella cuando tanto miedo tiene de que esté sola —dijo otro en son de broma.

Y como todos sus camaradas insistieron en que les acompañara a echar un trago, José Antonio se decidió al fin.

—Bueno, beberé a la salud de mi Carmela.

—¡Claro, hombre!

Entraron todos en la taberna y allí bebieron y cantaron a coro:

Es el gusto del minero  
Bajar de las sierras al plan,  
Es el gusto del minero  
Bajar de las sierras al plan,  
Para escoger a su antojo  
Lo que por su oro le dan,  
Bien hacen de aprovecharse  
Ahora que ricos están.

Chaca, chaca, venga más vino,  
Chaca, chaca, del mero fino,  
Chaca, chaca, vengan mujeres,  
Chaca, chaca, vengun placeres.

El cedazo del minero  
Sólo aparta lo mejor...

Volvieron a beber y brindaron.

—¡Por José Antonio!—dijo uno.

—¡Por nuestro jefe! — exclamó otro.

—¡Por su próxima boda!—brindó un tercero.

—Gracias, gracias—repuso José Antonio rebozante de felicidad.

Al mismo tiempo que bebían, un borracho que había entrado en aquel momento en la cantina, preguntó:

—¿Boda? ¿Quién se casa? ¡Ah, ya sé! La boda de Carmela.

Y añadió después de soltar una carcajada:

—Ya es hora de que se case.

José Antonio se encaró con él.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué quiero decir? ¿Es que no lo adivinas? Puede que tú te aburrieras en la montaña, pero ella no.

José Antonio le cogió por las solapas de la chaquetilla.

—¡Explicame eso!—dijo en tono amenazador.

—No le hagas caso — intervino Esteban.

—¿No ves que está borracho?—exclamó Jaime interponiéndose.

Pero el borracho masculló:

—No me preguntes a mí. Pregúntale a tu amigo, al hermano Francisco.

—¿Al hermano Francisco?

—Sí. Hay quien les ha visto arrullándose como dos tórtolos. Y también hay quien vió durante la fiesta cómo él se la comía con los ojos cuando ella bailaba la jota. Y también vieron que...

Pero José Antonio no le dejó acabar.

Trémulo de ira y de desesperación, gritó:

—¡Embustero! ¡Canalla!

Y le dió un fuerte puñetazo en el mentón que hizo al borracho rodar por el suelo.

Acto seguido se dirigió a la puerta.

Alguien intentó detenerle, pero él se deshizo con una sacudida al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Dejadme!

Y montó en su caballo y desapareció en la noche rápidamente, sin dejar huella.

XVII

Carmela estaba cada vez más impaciente.

—Sin duda le ha ocurrido algo —no pudo menos de decir, a pesar de que a su tía no le gustaba que hiciera aquellas demostraciones de su interés por José Antonio.

—¿Por qué le tiene que haber sucedido nada? Ningún hombre de su edad se pierde. Puedes estar segura de que vendrá.

Pero el que llegó no fué José Antonio, sino Jaime, el cual empezó a dar voces en la ventana.

—¡Carmela, Carmela!

Abrió la joven y, al reconocer al amigo de su novio, lo primero que hizo fué preguntarle:

—¿Dónde está José Antonio?

—Eso mismo vengo a preguntarle yo.

—Pero si yo no lo he visto aún...

Y temiendo lo peor, preguntó en seguida:

—¡Por el amor de Dios! ¿Ha sucedido algo? ¡Dígame!

—No, nada. Que alguien dijo algo en la cantina y José Antonio le dió un golpe. Más blanco que un papel se lanzó a la calle y todos creíamos que vendría hacia aquí.

—Pues aquí no ha venido.

—Más vale así. Habrá ido a refrescarse un poco la cabeza. Nada, nada. No se preocupe. Buenas noches.

Cuando Carmela cerró la ventana, tía Mónica, que lo había oído todo, exclamó:

—Esa sabandija de la Moreno tiene una lengua que no descansa.

—Me voy, tía — dijo Carmela, resueltamente—. Estoy segura de que José Antonio ha ido a la misión.

—¿Y adónde vas tú?

—A evitar que haga un disparate.

—¿Disparate? Nada puede ocurrir en la misión.

—No sabe usted de lo que es capaz José Antonio cuando se ciega.

—Pero oye...

—Adiós, hasta luego.

Y sin hacer caso de su tía, que la seguía llamando, Carmela salió corriendo a la calle.

\* \* \*

Estaba el hermano Francisco leyendo cuando vio entrar a José Antonio sin dar ni siquiera tiempo a que el hermano Pedro le anunciara.

El hermano Francisco se puso en pie y exclamó con sincera alegría:

—¡José Antonio! ¡Cuánto me alegro de verte!

Pero el visitante repuso con una mueca de sarcasmo:

—Perdone si interrumpo sus oraciones.

—No te esperaba tan pronto.

—Sin embargo, supondrá lo que me trae aquí.

Seguía usando José Antonio

aquel tono frío y amenazador, pero el hermano Francisco no podía darse cuenta, tal era la alegría que le embargaba al volver a ver a su gran amigo.

—Recibirías mi carta sobre el asunto del oro...—dijo.

Y en los labios de José Antonio se dibujó una sonrisa siniestra.

—¿Pudo usted creer que yo le daría a Carmela ni por todo el oro de California?

—Pero ¿qué es lo que estás pensando? — exclamó el hermano Francisco, horrorizado.

—¿Me negará que por usted he perdido a Carmela?

—¿A Carmela?

—Conteste: sí o no.

—Pero ¿cómo te atreves a insinuar esa infamia?

—¿Infamia? Niégume que esa mujer le atrajo. Niégume que durante mi ausencia...

—José Antonio — le interrumpió dignamente el hermano Francisco—. Piensa lo que estás diciendo.

Pero José Antonio no podía pensar en nada. Desde que comenzara a hablar con el hermano Francisco sentía como si una venda le cegara.

Y el hermano Francisco, que sólo había amado a Carmela con el pensamiento, se sorprendió primero y se indignó después al ver que las murmuraciones de las gentes sin corazón habían llevado la desgracia al alma de José Antonio, a la de Carmela y a la suya propia.

Porque desde el primer momento, el hermano Francisco vió que José Antonio estaba demasiado ofuscado para que él pudiera vencerle con razones.

En efecto, llevado de aquella ofuscación que crecía por momentos, José Antonio dijo mordazmente:

—Es inútil que finja usted una santidad que no siente. ¡Es usted un hipócrita y un mal hombre!

El hermano Francisco permaneció impasible ante estos insultos, a pesar de que le daban íntimamente por venir de quien venían.

Y José Antonio continuó:

—Pero no usted solo... Ella más que usted. ¡Ella! ¡La muy!...

—¡Calla! — gritó el hermano Francisco, antes de que José Antonio pudiera lanzar el insulto—. ¡Ni una sola palabra contra ella! ¡Ni una sola palabra!

Y el religioso se había erguido dignamente.

Aquel ser que con santa resignación soportaba los insultos dirigidos contra él mismo, se rebelaba ante la sola idea de que se pudiera manchar el nombre de una mujer a la que Dios no le había negado ninguna virtud.

José Antonio cogió el libro que estaba sobre la mesa. Eran los Evangelios.

Con aquel gesto de extravío que presidía ahora todos sus actos, preguntó:

—¿Jura usted sobre estos Evangelios que ella no significa nada para usted?

El hermano Francisco se turbó visiblemente.

¿Cómo iba él a jurar en falso? Pues lo cierto era que Carmela significaba mucho para él. Había encontrado las fuerzas suficientes para sobreponerse a aquel amor, pero eso no quería decir que no existiera.

No, no podía jurar.

—Los religiosos no podemos jurar — repuso.

—¿No jura usted?

—No puedo.

—¿Entonces defiéndase!

Y en la mano de José Antonio, tonio, que lanzó el puñal contra el como un blanco relámpago, refulgió la hoja de un puñal.

—¡Pero José Antonio! ¡Recuerda dónde estás!

—¿Lo recordó usted?

Y levantó el puñal. El hermano Francisco retrocedió hacia la puerta. Había levantado los brazos con un gesto de horror, más que por el daño que pudiera recibir, por el acto criminal que iba a cometer José Antonio, y su actitud era la de un crucificado sobre la puerta, sobre aquella misma puerta donde campeaba un crucifijo destacando con su brillo metálico del tono oscuro de la puerta.

El movimiento del hermano Francisco había sido muy rápido. Pero aun lo fué más el de José An-

La hoja salió un poco desviada de su mano y fué a hundirse en la del hermano Francisco, que quedó clavada a la puerta como la de Cristo a la cruz.

La sangre comenzó a fluir inmediatamente por la herida. La mano estaba completamente atravesada. Sin embargo, el hermano Francisco no hizo el menor gesto de dolor.

¿Qué le importaban a él los dolores físicos!

Y con voz firme, exclamó, al mismo tiempo que arrancaba el puñal de su mano:

—¡Hiéreme otra vez, José Antonio! Y apunta bien al corazón. Pero no vuelvas a dudar de Carmela, que es la más pura de las mujeres.

## XVIII

Pero José Antonio, a la vista de aclaraba y que toda su cólera se convertía en arrepentimiento.

Ahora, ante la actitud magnífica y heroica del hermano Francisco, comprendió que había vivido unos momentos en plena locura.

—¡Qué horror! — exclamó—. ¡Pude matarlo! Enloquecí. Perdóneme.

—Nada hay que perdonar.

Y la mirada de José Antonio se fijaba con horror en la mano del hermano Francisco, por cuya herida manaba la sangre en abundancia.

—¿Qué hice, Dios mío?

—Nada que el tiempo no cure, José Antonio.

—Pero ¡le he herido!

—Más con tus dudas que con el puñal.

Entretanto, había llegado Carmela al convento.

El hermano Pedro se extrañó al verla a aquella hora.

—¡Carmela!

Y la joven preguntó ansiosamente:

—¡Dígame! ¿Ha ocurrido algo?

—¿Aquí?

—No puedo esperar, hermano Pedro. Tengo que verlo en seguida.

Y como se marchaba hacia adentro, el hermano Pedro, que no com-

prendía la agitación de Carmela, la detuvo.

—Pero ¿a quién quiere usted ver?

—¿Está aquí José Antonio?

—Sí. Con el hermano Francisco.

—¡Jesús!

Y otra vez echó a andar.

—¡Por Dios, señorita! Permítame que la anuncie — imploró el hermano Pedro.

Pero en este momento una puerta se abrió y apareció el hermano Francisco.

—Pase, Carmela. La estábamos esperando.

Carmela penetró en el recinto y dirigió una mirada a José Antonio y otra al hermano Francisco.

—Perdóneme, hermano; pero yo creí...

El hermano Francisco no le dió tiempo a expresar sus temores.

Ocultando su mano vendada a la vista de Carmela, la interrumpió:

—Ya me imagino que culpará a José Antonio por no haber ido a verla en cuanto llegó.

—Sí... no... — balbuceó Carmela, que no había conseguido aún sobreponerse a su sorpresa al ver que no había ocurrido nada.

—Es que queríamos darle una

sorpresa — dijo el hermano Francisco.

— ¿Una sorpresa?

— Sí. José Antonio ha venido a pedirme que cante en la ceremonia de la boda.

José Antonio, que no sabía por dónde iba a salir el hermano Francisco, le dirigió una mirada llena de emocionada gratitud.

Después sus ojos se volvieron a la mujer amada y exclamó, tendiéndole los brazos:

— ¡Carmela!

Ella respondió con la misma vehemencia:

— ¡José Antonio!

Y se confundieron en un fuerte abrazo.

\* \* \*

Fué una boda espléndida a la que asistió todo el pueblo.

El hermano Francisco, acompañado del órgano y del coro cantó:

¡Dios mío! ¡Dios mío!  
¡Cuánto te busqué!  
Mi alma de sed moría, Señor,  
Clamándote en medio del dolor,  
Me diste cuanto te invoqué,  
Mi ser inundas con tu amor.  
¡Triunfante! ¡Triunfante!  
Tu gracia ensalzaré.  
¡Aleluya! ¡Aleluya!  
¡Aleluya! ¡Aleluya!  
¡Aleluya! ¡Aleluya!

Y su magnífica voz se elevó sola, mientras el coro enmudecía, en esta estrofa llena de fe y optimismo:

En mar tranquilo me has guiado,  
En tus praderas viviré,  
Mi alma te exalta,  
Por tu merced,  
Con voz triunfante cantaré:  
¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!  
¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!  
¡Aleluya! ¡Aleluya!

Y mientras Carmela y José Antonio, los dos vestidos con sus mejores galas, pasaban sobre una alfombra llena de flores, el hermano Francisco cantaba y cantaba, feliz también, al haber encontrado el valor necesario para olvidarse de los amores de la tierra y pensar tan sólo en otros más altos y sublimes.

F I N

Exclusiva de distribución: Sociedad General Española de Librería. — Barbadé 16, Barcelona

# COLECCION USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

## La Novela Semanal Cinematográfica

### LIBROS PUBLICADOS:

- |                          |                            |                          |                           |
|--------------------------|----------------------------|--------------------------|---------------------------|
| La vida alegre           | Las tres pasiones.         | La princesa se enamora.  | Honor entre amantes.      |
| El gran desfile          | Crístina, la Holandesa.    | Amanecer de amor.        | Para afrontar la luna.    |
| Miguel Biragoff o el     | Viva Madrid, que es        | El gran desfile (edición | El hombre que asesinó.    |
| Corro del Zar            | mi pueblo!                 | popular).                | ¡Rafael!                  |
| La primera que supo      | Sombras blancas.           | De Harry, mujer de pa-   | La calle.                 |
| amar                     | La copia andalusa.         | sion.                    | El prófugo.               |
| El coche número 13       | Los cadáveres              | La vida alegre (edición  | Milicia de paz.           |
| Sin familia              | toros.                     | popular).                | Amor de mariposas.        |
| Mari Nocturno            | El mundo de Montecarlo.    | Angustias del infierno.  | Miguel Biragoff o el      |
| Montón, el hombre que se | La mujer ligera.           | Cuerpo y alma.           | Corro del Zar (edi-       |
| vendía                   | Virginitas modernas.       | El impudor.              | ción popular).            |
| Cobra                    | El parano de Tahir.        | Esposa a medias.         | La hermana San Sulpicio   |
| El día de Montecarlo     | Historias dichosas.        | Beberve de la moda.      | El demonio y la carne     |
| Vida bohemia             | La vida del 48.            | Petit Café.              | (edición popular).        |
| Zax                      | Voto es el cielo.          | Hay que amar al pró-     | La casa misteriosa.       |
| ¡Adios, juventud!        | Requisitos.                | cio.                     | Los clavos de la Vir-     |
| El audaz amante          | Requisitos.                | Imaginación.             | gen.                      |
| La mujer formada         | Quintana caliente.         | El proceso de Mary Do-   | París de brío.            |
| La de Ramona             | El caballero               | gen.                     | Al Capone (Pánico en      |
| Calaveras                | Requisitos.                | Marruecos.               | Chicago).                 |
| Hotel imperial           | La historia del diablo.    | En cada pueblo un amor.  | El último amor.           |
| Don Juan el burlador     | El pan cocido de cada      | ¡Cuerpo a tu mujer!      | Enchufas de uniforme.     |
| de Sevilla               | día.                       | El millón.               | Miedo y miedo.            |
| Noche bucal              | Viva Aldalga.              | La mujer K.              | Mara-Mara.                |
| El espíritu ciego        | Unos días.                 | Gente alegre.            | Concetta (fuera de se-    |
| Don Gato                 | Requisitos.                | Mar de fondo.            | cio).                     |
| Los vencedores del fuego | La mecánica.               | La fama sacada.          | Cañoneras.                |
| La historia de los       | El hero.                   | Lo les del hero.         | Encue una vez un vals.    |
| Don-Hor                  | El hero.                   | La fruta amarga.         | Hambres en mi vida.       |
| El demonio y la carne    | El hero.                   | Vidas trancadas.         | Nichia.                   |
| La castellana del libro  | Los hijos de nadie.        | La fama del mar.         | Rebels.                   |
| La tierra de todos       | El asesino de perlas.      | Tahí.                    | Indescribible.            |
| Tripoli                  | Benia Isabel de Cerro.     | El pasado oscuro.        | Tarzan de los empu.       |
| El rey de reyes          | Las dos hermanas.          | Papa pueras largas.      | El terror del hombre.     |
| La ciudad castigada      | La caridad de la esposa.   | Trader Hurn.             | La vida al mundo por      |
| Sangre y arena           | El recuerdo de un beso.    | Un yanki en la corte     | Donatas Fairbanks.        |
| Agallas triunfantes      | La república del recuerdo. | del rey Attar.           | Chico blanc.              |
| El segund Malacata       | Dulcificación.             | El código penal.         | Reclut. rarados.          |
| El capitán Bortell       | Del mismo hero.            | La pura verdad.          | Champ (El camacho).       |
| El jardín del eden       | Extrellados.               | Maternidad, a el desecho | Los amores de José Mo-    |
| La primera mártir        | Cuatro de infantería.      | a la vida (fuera de se-  | jica (fuera de serie).    |
| Romana                   | Olimpia.                   | cio).                    | El caballero de la noche. |
| Dos amantes              | Monsieur Sans-Gêne.        | Carbón (La tragedia de   | Archie Lupin.             |
| El príncipe estrellado   | Romana de gloria.          | la misa).                | La fama del 13.           |
| Año Revolucion           | Monsieur.                  | Revolucion.              | Amor en venta.            |
| El destino de la carne   | Ladrón de amor.            | Los perfiles de Shipoy   | El proceso de Madrilén    |
| La mujer divina          | Modo (la gran parada).     | ¡Ouf, violón!            | Claudis.                  |
| Alec                     | El valiente.               | El camino de la vida.    | La casa de los muertos.   |
| Cuatro hijos             | ¡De frente, marchen!       | Noches de Viena.         | Titanes del cielo.        |
| El carnaval de Venecia   | Prison.                    | Mamá.                    | El proceso Dreyfus.       |
| El papel de la calle     | El presidio.               | Bras pare.               | La vida de un gran ar-    |
| La última cita           | Romance.                   | Cher-Bibi.               | tierra.                   |
| El encargo               | El gran charco.            | Reclut. raros ven.       | El último varón sobre la  |
| Amantes                  | Tempestad.                 | Comentarios de lujo.     | Tierra.                   |
| La ballarina de la Ope-  | El día del mar.            | Los hijos de la calle.   | Pantomas.                 |
| ra.                      | Arme Christie.             | La desolada.             | Violentas imperiales.     |
| Moulin Rouge.            | Sesillo de mis amores.     | Madame Satin.            | Soy un fugitivo.          |
| Ben Ali.                 | Historietas nuevas.        | ¡Código se suicidas?     | Perrota.                  |
| Los cuatro diablos.      | Don-Hor (edición popu-     | Mariquita.               | La pedicula de las catro- |
| ¡Ela, payasa, así!       | lar).                      | El carni amorito.        | nas. Grand Hotel (fu-     |
| Vuiga, Vigen.            | La increíble.              | Honorario a tu madre.    | era de serie).            |
| La primera patética.     | El mato.                   | Se última noche.         | Hollywood al destino.     |
| Un cierto muchacho.      | El puro real.              | Los alboros ricas de     | Sangre roja.              |
| Nocturno                 | Bajo el techo de París.    | Viena.                   | El doctor X.              |
| La ruta de Singapur.     | Wu-Chang.                  | ¡Viva la Libertad!       | Emma.                     |
| La actriz.               | Montecarlo.                | Malvada.                 | Primavera en otoño.       |
| Mister Wu.               | Camino del infierno.       | El amante del amor.      | El hijo del destino.      |
| Manacer.                 | ¡Mio seriel!               | DeGlova.                 | Ella o ninguno.           |
| El despertar.            | ¡Albura!                   | Cielo robado.            | El anillo en la sangre.   |
| La melodía del amor.     | La mujer que amamos.       | Amargo salio.            |                           |
|                          | Al compás de 3-4.          |                          |                           |

El azul del cielo.	Salvada.	Una viuda romántica.	La vida privada de Enrique
El monstruo de la ciudad.	Divorcio por amor.	Suspiro y la Zarina.	VOL.
El hombre que se isla	Corazones sin rumbo.	Susana tiene un secreto.	Fra Diavolo.
del amor.	Corazones valientes.	20.000 años en Sing Sing	El padrino ideal.
Ensayo Leona.	Irónicamente.	Huérfanos en Budapest.	El zorro errante.
Marcado de mujer.	(fuerza de serie).	¡Milagro!	El hijo de la parroquia.
Muñeca culpable.	Los tres musqueteros.	Vivamos hoy.	Letty Lynton.
La princesa se divierte.	(Los Históricos de la	Odia.	Barrio Chino.
La mujer esclava.	reina).	Los criminales del museo.	Yo, tú y ella.
El rey de los gigantes.	Milady (2ª parte de Los	El secreto del mar.	Un ladron en la alcazar.
El varnento X.	tres musqueteros).	Ma lili se engañan.	El cuerno de los cantores.
Los siete misteriosos.	Reclutamiento.	No dejes la puerta abierta	La llama eterna.
Esta edad moderna.	La calle 42.	Donoche.	Un hombre de corazón.
La novia de Bernita.	Los dos huérfanos.	La melodía prohibida.	Sierra de Ronda.
Nuevo al amor.	Caballos.	El primer derecho de un hijo	El rey de los misterios.
El mayor amor.	Secreto.	Caución de Grande.	La Cruz y la Espada.
El expreso transatlántico.	La feria de la vida.	La amargura del general	El canto del ruiseñor.
Al despertar.	Una muñeca y una rubia.	Ven.	
El robo de la Monna Lisa	Como tú me llamas.	Bolicho.	
(La Gioconda).	El relicario.		
La edad de amar.	El amor y la muerte.		

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

## Próximo número:

EL INTERESANTÍSIMO ASUNTO

# LA MUNDANA

por KAY FRANCIS

En preparación:

## ADIOS A LAS ARMAS

por GARY COOPER y HELEN HAYES

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

(NO SE DEJE USTED SORPRENDER!)

EXIJA SIEMPRE

**EDICIONES BISTAGNE**

Paseo de la Paz, 10 bis - BARCELONA

COLECCION USTED EL NUEVO ÉXITO DE  
 Ediciones BISTAGNE  
 LOS MEJORES FILMS

NÚMEROS PUBLICADOS:

CHANDU (Fantasía oriental), por Edmund Lowe e Irene Ware.  
 EL DINERO TIENE ALAS, por Will Rogers, Dorothy Jordan, etc.  
 NO QUIERO SABER QUIEN ERES, por Liane Haid y Gustav Froehlich.  
 LA MUJER PINTADA, por Peggy Shannon y Spencer Tracy.  
 ¡ALÓ, PARÍS!, por Josephine Day y Wolfgang Klein.  
 PAJAROS DE NOCHE, por Anny Ondra, Ivan Petrovich, etc.  
 LA BAILARINA SANS-SOUCI, por Lili Dagover, Otto Gebühr, etc.  
 UNA AVENTURA AMOROSA, por Mary Glory, Albert Préjean, etc.  
 DE PURA SANGRE, por Clark Gable, Madge Evans, etc.  
 EL BESO REDENTOR, por Charles Farrell, Joan Bennett, etc.  
 RAFFLES, por Ronald Colman, Kay Francis, David Torrence, etc.  
 ABISMOS DE PASION, por Jean Harlow y Walter Byron.  
 LA BANDA DE LAS PERLAS NEGRAS, por Hugh Wakefield, etc.  
 EL ABOGADO DEFENSOR, por Edmund Lowe, Evelyn Brent, etc.  
 EL HOMBRE QUE VOLVIÓ, por Conrad Nagel, Doris Keayon, etc.  
 SEIS HORAS DE VIDA, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.  
 EL ETERNO DON JUAN, por Adolph Menjou, Irene Dunne, etc.  
 EL BAILE, por André Lefaur, Germaine Dermoz, etc.

MI CHICA Y YO, por Joan Bennett, Spencer Tracy, etc.  
 AVENTURA DE UNA MUJER BONITA, por Lili Dagover, etc.  
 ALCOHOL PROHIBIDO, por Dorothy Jordan, Robert Young, etc.  
 ESTA NOCHE O NUNCA, por Gloria Swanson, Melwyn Douglas, etc.  
 EL PAÑUELO INDIO, por Cathleen Nesbitt, Emillyn Williams, etc.  
 EL HOMBRE DEL ANTIFAZ BLANCO, por René Gadd, etc.  
 LA PRINCESA DEL «5-10», por Marion Davies, Leslie Howard, etc.  
 ALMAS TORTURADAS, por Evelyn Brent, Conroe Nagel, etc.  
 ENTRE DOS CORAZONES, por Douglas Fairbanks, Jr., Rosae Hobart.  
 PIERNAS DE PERFIL, por Buster Keaton, Jimmy Durante, etc.  
 EL MARIDO DE LA AMAZONA, por Elissa Landi, Ernest Truex, etc.  
 AMORES DE OTOÑO, por Luis Alonso (Gilbert Roland), Lew Cody, etc.  
 LA CONSENTIDA, por Carole Lombard, Walter Connolly, etc.  
 LUCHA DE SEXOS, por Fay Wray, Gene Raymond, Claire Dodd, etc.  
 UNA CLIENTE IDEAL, por René Leffevre.  
 DE CARA AL CIELO, por Marlon Nixon y Spencer Tracy.  
 SONADORES DE LA GLORIA, por Miguel C. Torres, Lia Torà, etc.  
 MI DEBILIDAD, por Lillian Harvey, Lew Ayres.

Lujosa presentación - 8 interesantes fotografías  
 en papel couché. Precio: 50 céntimos



**E. B.**

**Precio: Una peseta**